



ESE DÍA
*Manuel
Huenuqueo
Vidal*

© CORPORACIÓN
DEL DEPORTE E
INCLUSIÓN SOCIAL,
DE LA ILUSTRE
MUNICIPALIDAD DE
CERRO NAVIA

© CERRO EDICIONES

© MANUEL HUENUQUEO VIDAL

Primera edición

Versión digital

Abril de 2023

Cerro Navia, Santiago, Chile

Todos los derechos reservados de la
obra *Ese día*, de Manuel Huenuqueo
Vidal.

Edición actualizada
ortotipográficamente.

Edición y diseño editorial a cargo de
Eduardo Farías Ascencio.

ESE DÍA

Manuel

Huenuqueo

Vidal



**Colección
BARRANCAS**

Índice

7	Bobby
13	El fato
26	El General
34	Ese día
46	El deseo de no volver a casa
55	Primer día de primavera
65	Marcas
82	El último amanecer
90	El río
100	Última sonrisa
108	La parada
121	La mujer del pelo rosa
133	Destello

Para la Carmen y el Bernardo

Quisiera partir agradeciendo a la familia Hueniqueo Vidal (mi hermano, primas, primos, tías, tíos). También a Cristina, Vannia y Jorge, por todos esos años en los que me trataron como alguien más de su familia, ustedes me regalaron un montón de historias que atesoro. A Claudio, Alejandro, Reina, Sylvia y Tamara, por la paciencia, la amistad y tantas experiencias compartidas. Finalmente, quisiera agradecer a Daniela, la fotógrafa, por leer uno de estos cuentos, comentarlo, e incentivar me —sin saberlo— a escribir el resto de estas ficciones.

Bobby

La primavera había llegado un par de días atrás. La temperatura era mucho más agradable ahora, pero todavía se sentían frescas las noches, corría un viento frío que no era especialmente desagradable; sin embargo, daba la sensación de que el invierno no se había ido del todo.

La chica llevaba puesto un vestido corto, floreado y amarillo que dejaba ver el brillo de sus muslos. Tenía unas sandalias cafés y una minúscula cartera donde guardaba su teléfono y las llaves del departamento. Caminaba por el parque Bustamante, la verdad es que llevaba un buen rato caminando, la tarde invitaba a hacerlo, estaba cálida y la gente disfrutaba de los espacios de sombra que proporcionaban los añosos árboles que se alzaban en aquel sector.

Había unos hombres musculosos haciendo flexiones de brazos en las barras paralelas del equipamiento del parque destinado para realizar ese tipo de ejercicios. Ella miraba el sudor y el grueso de esos brazos con curiosidad, parecían deformidades o enormes tumores. Uno de los tipos se dio cuenta de que la chica los observaba y la miró fijamente de vuelta mientras subía y bajaba, y el sol le pegaba fuerte en la espalda y su frente se perlaba. Parecía que él hacía su rutina sólo para ella; y era como si practicara para una especie de show de acrobacias. A lo lejos, la chica vio una enorme muchedumbre que se aproximaba por General Bustamante

enarbolando pancartas y elevando vítores, era una marcha, o eso parecía, porque también podría ser una celebración, ya que entremedio de las consignas se escuchaba el monótono ritmo de los tambores de una batucada; todos iban hacia Plaza Italia y había desde ancianos hasta niños, el desplazamiento de la masa se desarrollaba con relativa calma. La chica observó cómo la multitud se alejaba lentamente, después volvió a mirar a los hombres que hacían ejercicio, el de hace un rato le sonríe, ella ni se inmuta.

Se pone en marcha, un perro amarillo, que parece ser un labrador medio mestizo, la sigue, se le pegó hace un par de cuadras atrás. No sabe muy bien por qué, pero el perro le recuerda a uno que tuvo de niña, y que había rescatado su madre desde la calle. Bobby le había puesto. Bobby, dijo la chica en voz alta y el perro comenzó a hacer círculos como loco alrededor suyo. ¡Bobby!, gritó y se puso a correr de un lado a otro para que el quiltro la siguiera.

Desde lejos, uno podía apreciar la dulce belleza de la muchacha, una belleza que era una reminiscencia muy cercana de sus años de adolescencia. Todavía jugaba como una niña tras un perro que no ocultaba la alegría que sienten los abandonados al recibir algo de cariño. Por alguna razón, recordó cuando era chica y su padre la llevaba a un enorme peladero a encumbrar volantines, aunque a ella no le gustaba mucho, de todas formas, lo disfrutaba porque, por lo general, también iban tíos y primos. Era un recuerdo raro, parecía que hubiese ocurrido hace siglos, o en otra vida, pero sólo había pasado un poco más de una década desde que fuera una niña algo solitaria y callada. De repente, colmaban su

cabeza estos recuerdos, imágenes de una infancia feliz, con su madre que aún vivía y a quien le gustaba cantar canciones campesinas por las mañanas, y su viejo encumbrando volantes o jugando a las cartas con su tío Pancho, y ella corriendo tras un perro raquítico que asociaba al nombre de Bobby, aunque a decir verdad, la chica no tenía la seguridad de que se llamara así el animal de su recuerdo, también podría ser Sultán o Cototo, pero a ella le gusta el nombre que acababa de elegir para ambos perros, tenía una sonoridad como de cuento gringo.

La chica se cansó de tanto correr en círculos, fue hasta una fuente de soda cercana, pidió un completo y una Coca, se tomó la bebida casi de un trago, salió con el completo a la calle y le dio la mitad al perro, este se lo engulló en el aire mientras ella se lo arrojaba, a la chica le dio risa.

El perro jadeaba un poco, la chica también tenía calor y estaba cansada. Fueron al parque nuevamente para protegerse del sol, ella se sentó en el pasto y Bobby fue hasta una fuente de agua, que en realidad era una ancha botella plástica cortada casi en la base, seguramente alguien tenía esa empatía con los perros vagos que merodeaban el lugar. A la distancia, todavía se escuchaba el sonido de los tambores y de la gente que cantaba. Bobby volvió hasta ella, se echó a su lado mientras la chica le acariciaba el lomo, el perro apoyó su cabeza sobre sus patas delanteras que tenía cruzadas en el pasto. De pronto, empezaron a caer pequeñas hojas blancas que la chica no supo identificar, no sabía de qué árbol provenían, era como si nevara.

Ella miró a la gente que colmaba el parque, había muchas personas trotando, otros meditando y haciendo sonar un instrumento extraño que era similar a un triángulo, quizás más grande; los niños en los juegos, los padres conversando, y todos tan ajenos al mundo, a lo poco que queda, a los últimos días frescos de septiembre, todos tan ajenos a ella, que sentía alivio de ser una persona invisible.

Entonces miró la hora en su teléfono, debía continuar. Trató de incorporarse, pero sintió una repentina pesadez en su cuerpo, un súbito cansancio; podría haber estado el resto del día allí mirando cómo los hombres musculosos hacen ejercicio a pleno sol y le coquetean, o a los helicópteros que despegaban desde la azotea de ese edificio feo que se parece tanto a un viejo celular, o haciéndole cariño a Bobby, el perro de su infancia. Su infancia que siempre fue esto: septiembre y primavera.

Se levantó al fin y caminó con rumbo hacia la Plaza Italia, aquella plaza impostora que años después sería sinónimo de revolución. La gente de la protesta-marcha-celebración ahora se desplazaba al unísono por la Alameda hacia el centro, ¿hacia la Moneda quizás?, en el camino se le fueron uniendo más adherentes. Recogió del suelo un panfleto que hablaba algo sobre HidroAysén. Miró su teléfono de nuevo, todavía le quedaba algo de tiempo. Se sentó en una banca y volvió a acariciar al perro, ya no caían hojas desde los árboles, el cielo se nublaba de a poco. La chica miró hacia la Cordillera de la Costa, el sol se sumergía tras ella. En un momento dado le pareció ver el “rayo verde”, ese que le decía su madre que se puede apreciar al atardecer mirando hacia el mar. El destello

sólo duró un segundo, pero ella estaba segura de haberlo visto.

De súbito, ese viento frío que se producía cada noche llegó con la puesta de sol. Su trigueño pelo ensortijado bailaba furioso en el aire revuelto. Su vestido de primavera no le ofrecía suficiente protección contra esa ventolera repentina que cada vez se ponía más gélida. Bobby la miraba sentado, su lengua rosada babeaba el suelo, algo en el brillo de sus ojos le parecía tan atrayente a la chica, casi tanto como el “rayo verde” que acababa de ver.

El viento levanta las hojas del piso, esas que parecían copos de nieve. Y frente a la chica se detiene un elegante y brillante Mercedes gris, el chofer no la mira. Ella se pone de pie, pero el cansancio la invade de nuevo, un cansancio antiguo. De pronto, la mayor parte de la gente se ha ido del parque y la oscuridad tímidamente le gana terreno al atardecer moribundo. La chica acaricia por última vez la cabeza de Bobby y se aleja, va hasta el auto, sus pasos son lentos, o eso le parecen a ella, cada pie le pesa una enormidad, las pantorrillas le duelen, siente como un nudo apretado en cada una.

Cuando llega hasta el auto una puerta se abre. La chica ve al viejo que le sonrío, su cara parece estar hecha de un arrugado papel roneo, sus ojos están ocultos tras unos pequeños lentes de sol, la barriga le sobresale un poco por debajo de su polera blanca con cuello azul y adornada con la figura diminuta de un cocodrilo en el pecho; y su mano pecosa golpeando suavemente el asiento para que ella se acerque. La chica sube obediente. Entonces, los recuerdos de hace un rato vuelven: ve a su padre jugando como un cabro chico con sus

hermanos y sobrinos, ve a su madre cantando dulcemente, y a los volantines perdiéndose en el cielo. Pero ella los detiene, deja esas imágenes donde deben estar, atrás, en el pasado, lejos, en esa otra vida que alguna vez vivió.

Repentinamente, la puerta se cierra, el viejo no le dice nada y la toma con fuerza por la nuca para meterle la lengua en su boca, sus manos buscando bajo su falda y el chofer se pone en marcha suavemente. La chica se zafa un poco del abrazo desesperado y torpe del viejo y mira hacia afuera, hacia el parque, busca a Bobby rápido, pero ya no está, ya no hay nadie, ni siquiera los hombres musculosos o la gente que marchaba hace un rato atrás, sólo el viento. El viejo vuelve a tocar sus piernas, y sus manos se sienten tan ásperas que pareciera que fueran a desgarrar su piel. Sus resecos labios se acercan nuevamente a los de ella. Entonces, la chica sabiendo que era inútil resistirse, decidió cerrar sus ojos.

El faro

Iban los tres apretados en los asientos traseros del taxi que subía por aquel camino serpenteante. El conductor aceleraba en lugares en los cuales no debía hacerlo, avanzando por las curvas intrincadas que acompañaban al desfiladero que dominaba la ciudad, la cual cada vez se veía más pequeña y difusa. Leo estaba sentado junto a la ventana que daba al abismo gris que se extendía abajo, Vanessa iba en el centro muy incómoda y con la cara roja, sentado en el otro extremo estaba Jona, quien se veía pálido. El camino era de tierra y de pequeñas piedrecillas que hacían que el taxi resbalara y se bamboleara y que la carrocería crujiera y que Vanessa se golpeará la cabeza contra el techo bajo, excesivamente bajo para una mujer tan alta como lo era ella. Parecía que el taxista no tenía la intención de disminuir la velocidad, dando la impresión de que conocía demasiado bien el camino, como si lo hubiera recorrido un millón de veces a esa misma velocidad o como si en realidad no le importase nada, como si ese viaje fuera el último de un suicida.

Leo se da cuenta de lo bello del paisaje que se abre ante él a medida que avanzan por ese complicado trayecto, le conmueve el mar interminable y el cielo que todavía está algo cubierto por la niebla matinal, y que le da a ese azul grisáceo una cualidad infinita, como si el horizonte no existiera.

Mientras más suben por el camino que bordea el acantilado, más sobrecogido se siente.

Mientras tanto, el taxista habla de temas muy variados y difíciles de seguir, pero no tanto por su complejidad, sino más bien porque salta muy rápido de una historia a otra.

Leo volvía del extranjero después de estar un año fuera, su madre lo había recibido como siempre, con los brazos abiertos. Su padre estaba perdido en alguna localidad de la Quinta Región, hacía meses que no daba señales de vida, pero Leo sabía que las cosas con él debían estar relativamente bien, como siempre ocurría cuando desaparecía. La idea de Leo era la de regresar en las vacaciones de verano, estar unos días en el sur de Chile y volver a partir, pero, íntimamente, sabía que esto último no iba a ocurrir. Le dejó algo de dinero a su madre que había ahorrado sirviendo cafés y lavando platos en Barcelona, luego llamó a Vanessa y a Jona, y lo decidieron rápido: irían a Chiloé de vacaciones una vez más; era el destino preferido de los tres, y del cual tenían entrañables recuerdos de veranos lejanos.

El taxista les cuenta que él vivió en Santiago, al igual que ellos, pero que llevaba 8 años radicado en la isla grande, y que una de las cosas a la que más le costó acostumbrarse fue al agua, no sabía si tenía más cloro o menos, más flúor o no, pero no le gustaba su sabor, siempre tenía dolores estomacales y mareos. Leo miraba a sus amigos y ninguno decía nada, estaban absortos o ausentes, quizás con ganas de que el viaje terminase pronto, ninguno, a esas alturas, se sentía muy entusiasmado por llegar a la cúspide de ese acantilado, por mucho que estuvieran tan cerca, tampoco sabían si

llegado a ese punto los iban a dejar entrar al faro que dominaba la bahía y que de noche iluminaba Ancud a pesar de la distancia. Leo recuerda la noche anterior paseando junto con Jona por la ciudad —Vanessa no tenía ganas de salir y se había quedado en la pieza que arrendaban viendo películas por el cable—, y cómo de repente ambos fueron cegados por un potente resplandor que se repetía cada cierto intervalo de tiempo, al volver al hospedaje le preguntaron a la dueña sobre la procedencia de aquella luz.

—Es del Faro Corona, yo sé quién los puede llevar hasta él si quieren conocerlo —les dijo con esa cadencia cantarina en la voz que caracteriza a las personas mayores de Chiloé.

No tenían ningún panorama para ese día, aceptaron y a la mañana siguiente la señora llamó a don Arnaldo, el taxista que ahora hablaba de su vida en Navidad, una pequeña localidad de la sexta región, la misma ciudad donde Leo pasaba las vacaciones de verano cuando era chico en la vieja casona de adobe de sus abuelos maternos ubicada en un terreno a un costado de la carretera, y que para el terremoto del 2010, hace un par de años atrás, se había venido abajo una parte importante de aquella, pero estaba deshabitada hacía casi una década, sus abuelos habían muerto en un choque múltiple cuando iban en una ambulancia que trasladaba a la abuela de Leo a hacerse una diálisis en el hospital, su tata iba a su lado cuando ocurrió el accidente; todos los ocupantes del vehículo murieron al ser embestidos por un camión con los frenos cortados, provocando así que la ambulancia se desbarrancara en una curva. La casa seguía a la espera de que su madre y sus tíos se decidieran a repararla o a que

el paso del tiempo la echase abajo de manera definitiva. El pueblo no había cambiado casi nada en las últimas 3 décadas, a excepción de la zona costera, en donde había surgido un repentino auge “deportivo” debido a la calidad de sus playas y a las olas de Navidad y Matanza, de la noche a la mañana se habían instalado hoteles y comercio relacionados con el surf. Era una zona turística medio pretenciosa que contrastaba bastante con la pobreza rural de los alrededores.

—Mi hermano Antonio era el menor de nosotros — comenzó a narrar de repente el taxista—, éramos 8 y todos dormíamos en una sola pieza, teníamos dos camas, las mujeres dormían en una, los hombres en la otra. Mi padre murió cuando cumplí los 10 años, lo atropelló una carreta, agonizó dos días en la casa, en ese tiempo era muy difícil que viniera ayuda, una ambulancia o algo parecido a un doctor a revisarlo. Después de la segunda noche falleció, le salía sangre por la boca y los oídos. Lo enterramos junto a mis abuelos a quienes nunca conocí. Por esa época dejé el colegio, tenía que trabajar, lo hacía en el campo o en el pueblo, sabía andar a caballo, eso me ayudaba bastante para arriar animales, aunque fuese chico. Varios años después moriría el Juan, el hermano que venía después de mí, cuando cumplió los 17 se emborrachó, esa fue su primera y última borrachera, se cayó del caballo cuando volvía a casa y se rompió el cuello. Mis hermanas, al cumplir los 15, se largaron a Santiago a trabajar. Nos quedamos con el Antonio en el campo cuidando a mi madre. Yo veía que mi vida se iba a convertir en algo que no quería, no me gustaba la idea de ver pasar mis años de juventud pudriéndome en la miseria que ofrecía el campo de

Navidad, junto a mi vieja que ya a esas alturas se estaba volviendo medio loca. Un día agarré algunas de mis cosas y me fui a Santiago sin decirles nada, yo sé que fue feo lo que hice, pero uno a veces debe tomar decisiones feas para avanzar en la vida. El Antonio se hizo cargo de ese pedazo de tierra, de alguna manera sabía que a él no le molestaría quedarse con la vieja. Él era el más chico y no le gustaba la ciudad, disfrutaba de bañarse en pelota en el estero, de criar animales, de cultivar alimentos. Pasaron los años y yo me casé con una morenaza espectacular, estuvimos 12 años juntos hasta que un día ella se fue, me dejó, se llevó su ropa y se largó sin decirme nada. Como pecas, pagas. Yo en ese entonces tomaba mucho, a las diez de la mañana ya estaba curao. Nunca le pegué, pero igual la entiendo, mi viejo era así, borracho, con los años el trago ha sido el veneno de nuestra familia. Mi madre fue acumulando un montón de achaques de la vejez y finalmente murió un día, a los 66 años, le dio una trombosis aguda que la dejó postrada agonizando. Yo volví al campo y me quedé con ella todo el mes que estuvo hospitalizada, con el Antonio nos turnábamos para ir a verla. La verdad es que muy pocas cosas me amarraban a Santiago, y pasar allí unos días de aquel otoño lluvioso de ese año, el 97, fue muy agradable, estaba todo tan lleno de paz, a pesar de lo de mi madre. Yo recuerdo que ese mismo año fue el último en que las estaciones todavía se podían diferenciar, es decir, el otoño era otoño, el invierno era invierno, ahora no, ahora o hace mucho calor o hace mucho frío. Cuando falleció mi madre, vinieron mis hermanas, todas tenían sus vidas hechas, y todas se veían muy mayores y muy ajadas, como si

hubieran vivido más cosas de las que hubiesen querido. Acordamos dejarle la casa al Antonio, en ese entonces ninguno estaba muy sobrado de dinero, pero nadie estaba tan mal como para querer vender el terreno y repartir la plata. Yo regresé a Santiago, con los años volví a enamorar a mi mujer, nos juntamos de nuevo. Yo ya no tomaba, un amigo me había llevado a un templo evangélico; es increíble lo que uno puede lograr cuando tiene a gente al lado apoyándolo y se siente parte de algo más grande. No se equivoquen, yo no creo mucho en dios, pero allí, en la congregación, me sentí tan acogido y tan querido que no me quedó otra cosa más que aceptar todas las leyes que la iglesia me ordenó seguir como una forma de penitencia que yo me impuse por todos esos años desperdiciados en mis vicios. Con mi señora decidimos que debíamos rehacer nuestras vidas lejos, ella siempre había querido conocer Chiloé, y aquí estamos. Me costó un poco adaptarme a las distancias entre los pueblos y al clima, pero después de conocer bien a la isla y a su gente, ¡uf!, no hubo problemas, ¿saben por qué?, porque la gente de acá es otra cosa, todos son tan amables, todos son tan buena gente, uno se entrega fácilmente a esta forma de vida. Con el tiempo empecé a escuchar historias sobre el Antonio: que se había caído al litro, que pasaba borracho, que descuidaba la casa y a los animales que criaba, que se peleaba con los vecinos, que éstos ya le tenían bronca. Todo esto me lo contaba una prima que me mantenía al tanto, porque cuando llamaba al Antonio, él siempre me decía que estaba todo bien, que no había ningún problema. Un día llegó hasta la botillería del pueblito de Navidad, fue a la parte trasera que servía de bar

de mala muerte, como esos que salen en las películas viejas del oeste, y se puso a tomar, en eso llega un primo, uno que vive en Matanza, pero que a veces se dejaba caer por esos lares. Al reconocerse se pusieron a conversar, después de un par de horas ambos estaban borrachos y discutieron por alguna vieja rencilla familiar, o por mujeres, nadie sabe a ciencia cierta qué fue lo que provocó la pelea, pero eso sí todos los que estaban presentes ahí ese día recuerdan a ese huraño primo sacar de debajo del poncho un estoque enorme, blandirlo y amenazar al Antonio. Mi hermano arrancó hacia el interior de Navidad, hacia el campo, y mi primo lo siguió. Por la mañana lo encontraron muerto en medio de unos matorrales con su propio estoque clavado en el pecho, sus hijos querían linchar al Antonio porque se habían enterado de la pelea del día anterior. Tuvo que intervenir carabineros para quitárselos y llevarlo a la comisaría. Estuvo preso como un año, pero nadie pudo demostrar nada en su contra, no había huellas, nadie vio nada que lo pudiera involucrar directamente con la muerte, de hecho, varios vecinos dijeron haber visto al Antonio bastante más lejos del lugar en donde se supone que estiró la pata mi primo a la misma hora en que se determinó su muerte. Salió de la cana, pero hubo gente que todavía le tenía sangre en el ojo, se la tenían jurá. Comenzaron a hostigarlo, una vez quisieron quemarle la casa, pero no pasó más allá de un amago de incendio en el patio. Un día tuve una tincada, decidí ir al campo, a ver cómo estaba el Antonio, no sé qué fue lo que sentí aquella vez, tenía un presentimiento raro. Yo ya vivía aquí y taxeaba de vez en cuando, no sabía que con el tiempo este iba a ser mi trabajo

permanente, mi oficio, pero no me quejo, al contrario, me gusta recorrer la isla, conocer gente, ver caras nuevas como las tuyas. Bueno, le expliqué a mi mujer que tenía que resolver algo urgente en Navidad, la verdad no sé por qué le mentí, era más fácil decir que tenía ganas de ir nomás, que había algo que me decía que me tenía que acercar a la vieja casa al lado del estero. Cuando llegué, todo se veía más o menos igual, todo igual de minúsculo y pobre, había más postes de luz eso sí, y las calles del pueblito estaban pavimentadas. Llegué después de las 5 de la tarde, en menos de una hora se iba a oscurecer. Me apuré para tomar once en la parcela, quería comer de nuevo una paila con huevos frescos, de esos azules que eran tan cotidianos en mi niñez y que, según yo, tienen un sabor distinto a los blancos o los cafés. Pero aquí viene lo trágico, y es que cuando abrí la puerta de la casa ésta estaba a oscuras, a pesar de la noche que ya se estaba empezando a cernir sobre el campo, busqué el interruptor, y cuando la luz iluminó el viejo comedor, es entonces que veo al Antonio colgando de una viga del techo. Al principio quedé sorprendido, no supe qué hacer, pero después de un segundo reaccioné y fui hasta él y lo tomé por las piernas, con uno de mis pies traté de levantar la silla de la que seguramente se había dejado caer el Antonio, lo conseguí después de varios intentos, me subí aguantando el peso de mi hermano, fue muy difícil hacer las dos cosas, sostenerlo y tratar de quitarle la soga del cuello, estuve varios minutos buscando la mejor forma de conseguirlo rápido, al final lo logré, y los dos caímos al suelo produciéndose un estrepitoso crujido en la madera. Le abrí los ojos, escuché por su boca si respiraba, su

cuerpo todavía estaba tibio, traté de hacerlo reaccionar, intenté imitar eso que he visto en la tele que hacen con la gente que tiene un infarto, junté mis manos y presioné su pecho por varios minutos, no hubo caso. ¡Te mataste, hueón!, le dije a su cara que parecía tener una expresión serena, como si durmiera.

El taxista disminuyó la velocidad de repente, casi deteniéndose, los tres lo miraban en silencio, Jona tenía la boca ligeramente abierta.

—¿Se siente bien? —le pregunta Vanessa mientras el taxista se quita los lentes y se frota los parpados.

—¿Yo? Ah, sí —responde el taxista—, lo que pasa es que el marino se enoja si uno llega con mucho escándalo hasta el faro, por eso disminuí la velocidad; lo conozco un poco, ojalá que no se ponga bravo porque vinimos en su hora de almuerzo.

El camino se había vuelto más amable, ya no había tantos baches que sortear, la vista desde allí era magnífica, Ancud era un punto blancuzco y lejano, muy lejano pero apreciable a la distancia.

—¿Qué pasó al final? —pregunta de repente Leo.

El taxista mira sin entender por el retrovisor la cara del joven expectante.

—Con su historia, con su hermano, ¿qué pasó al final?

El taxista hace un giro repentino y detrás de una arboleda está la entrada al faro, se detiene, apaga el motor, se da la vuelta y mira a Leo.

—Nada, llamé a los pacos, fueron a ver, me hicieron algunas preguntas, después llegó una camioneta blanca y se

lo llevaron. Me lo entregaron al día siguiente. Con mi prima, que vivía cerca y cuidaba a veces del Antonio, le hicimos un velorio, avisamos a mis hermanas, a algunos familiares, a amigos del pueblo, pero igual fue poca gente. Lo enterramos junto a mis padres y abuelos. Tiempo después me puse de acuerdo con mis hermanas para vender el terreno y nos repartimos la plata, todos quedamos conformes. Una vez fui para allá por unos papeles que necesitaba para hacer un trámite, y vi que la casa seguía en pie, al lado el nuevo dueño había levantado otra prefabricada, la nuestra, seguramente, la usaba para guardar cosas, o para las visitas, qué sé yo. Nunca más pisé Navidad.

Todos se quedaron en silencio un instante.

—¿No sabe por qué se mató su hermano? —pregunta Jona mientras se frota las manos por el frío.

El taxista lo mira y después de pensarlo por un segundo responde:

—No sé, la soledad.

De un edificio rectangular aldaño al faro sale una persona, es el marino, con su uniforme impecablemente negro y la gorra impecablemente blanca. Era un marino de postal. Entonces el taxista desciende del vehículo y se acerca a la reja que circunda el perímetro de la instalación. El marino va hacia la puerta y le hace un gesto con el dedo mostrándole su reloj, el taxista asiente y le señala hacia el vehículo, hacia los tres amigos que permanecen callados.

—Parece que no nos quiere dejar pasar —observa Vanessa rompiendo el silencio.

—Es que llegamos en su hora de colación, don Arnaldo lo dijo — responde Jona acomodándose la bufanda que rodea su cuello.

Los dos hombres parecen discutir acaloradamente, pero después de unos minutos ambos ríen a carcajadas, desde dentro del taxi no se alcanza a escuchar nada de la conversación que sostienen. El marino abre el portón y el taxista vuelve al auto.

—Tenemos suerte, estaba almorzando con la familia, pero nos va a dejar pasar igual —dice don Arnaldo poniendo en marcha el vehículo.

Lo primero que les sorprende a los tres es lo pequeño que es el faro.

—¡Tendrá 15 metros a lo sumo! —dice asombrado Jona frunciendo el ceño.

Vanessa parece decepcionada.

Después de tomarse varias fotos por los alrededores, el marino les hace entrar al faro para mostrarles el grupo electrógeno de apoyo eléctrico en caso de cortarse la luz, los rectificadores de corriente alterna, y todas esas cosas que a nadie le interesa mucho.

Entonces, el marino intenta persuadirlos de comprar unas postales con la imagen del faro por 2000 pesos, los tres llevan consigo cámaras con espacio para unas 5000 fotos, pero igual le compran una cada uno, el marino se ve feliz, como recompensa les hace subir a la torre por un acceso lateral de la sala de energía, en donde hay una breve escalera de caracol que da acceso a la cúpide. Al llegar allí, se encuentran con un armatoste metálico con varias ventanillas

redondas con vidrios gruesos, pero que en realidad son lupas enormes, o eso parecen, adentro hay un gran foco. Todo lo que ven es nuevo para ellos, sin embargo, todo se ve vetusto, como si esa tecnología tuviera ya varias décadas. El marino abre una puerta que da al balcón circular de la torre, los tres salen. Abajo, el taxista fuma mirando hacia el océano. La vista es maravillosa, desde ese lugar se puede dominar toda la costa y los alrededores en 360 grados, abajo hay un gran acantilado donde rompen las olas. Entonces, el celular de Leo vibra, mira su pantalla que le devuelve la imagen insistente de un “Número privado”, contesta, pero sólo escucha algo parecido a la respiración agitada de una persona y el sonido del viento de fondo, un viento que aúlla. Después de un par de segundos, cortan. Leo sigue escuchando por el auricular el vacío que se extiende por su oído y su mente. De pronto, siente un terror inexplicable hacia las cosas que le rodean: hacia el mar inmenso, a las alturas, al viento que le golpea la cara. Tiene la extraña sensación de haber sido descubierto, como si fuera un fugitivo que no esperaba ser capturado tan rápido. Y sin encontrar una razón racional y concreta, le invade una necesidad irresistible de gritar hacia el abismo, y lo hace. Vanessa y Jona se asustan un poco, se sobresaltan y miran a Leo. Abajo, en la gran explanada en donde se posaba el faro, el marino se había unido al taxista y ambos fumaban. Entonces Leo se calla, vuelve a tomar aire y grita otra vez con más fuerza, sus amigos se miran entre sí, y luego se unen a él en ese coro desesperado dirigido hacia el vacío a sus pies. En la explanada el taxista y el marino les sonríen sin saber muy bien por qué. El marino les hace un gesto hacia el mar, a lo

lejos se ve una sombra negra que tiene la forma de un ferry, está tan cerca del horizonte que pareciera que pronto fuese a desaparecer, como si fuera un espejismo, un engaño a la distancia que ni siquiera el faro podría iluminar.

El General

Esperábamos a que volviera Pepe con la pelota que había llevado a la vulcanización. Nosotros estábamos en las canchas de tierra que había en Mapocho en ese entonces. Todavía no era verano, pero aquel domingo estaba caluroso y agradable. Había mucha gente en las canchas y sus alrededores ese día. Una década después, ese lugar se convertiría en un triste y lánguido parque municipal que recibía muy poca mantención, nada en él sería evocatorio ni existiría memoria de lo que pasó aquella lejana tarde en sus secos manchones de pasto amarillento.

Armando nos hablaba sobre el cometa Halley, de que todo era un invento del gobierno y que nadie lo vio realmente, aunque muchos decían que sí lo habían visto surcar el cielo nocturno de aquella noche de domingo del año 86. Yo mismo creí divisarlo desplazándose por la oscuridad del firmamento esa vez acompañado por mi primo que tenía un pequeño catalejo de plástico que le había regalado mi tío para poder apreciarlo mejor, básicamente, era un juguete.

—¿Y para qué iban a hacer eso? —preguntó Víctor mientras se anudaba los cordones de sus sempiternas zapatillas Puma.

—Para ocultar lo que pasa en el país, poh —respondió Armando frunciendo el ceño por el sol que le caía direc-

tamente en la cara al mirar hacia la vulcanización que se ubicaba al norponiente de la avenida Mapocho.

—¿Y qué pasa en el país? —insistió Víctor.

—Los muertos —dijo Roro que estaba sentado en una porción de pasto que se encontraba a un costado de la cancha.

Los cuatro nos quedamos en silencio por un momento después de esa última frase que quedó flotando entre nosotros.

—¿Qué le pasa al Pepe que todavía no llega con la pelota? —pregunté yo.

—Don Julio debe estar arreglando la rueda a ese furgón rojo que se ve afuera de la vulca —respondió Roro.

—Se va a oscurecer pronto —observó Víctor.

Armando se había quedado en silencio, observaba a la gente que se desplazaba por las canchas: había familias enteras mirando un partido del club de la población contra la selección de la población vecina, un hombre enseñándole a su hijo a andar en bicicleta, y gente que no tenía otra cosa que hacer más que copuchar con los amigos en vez de encerrarse en sus casas a escuchar partidos por la radio o ver MacGyver en la tele.

Armando siempre tenía un semblante serio, no es que fuera un amargado, un enojón o algo parecido, no, él hacía cosas con nosotros como jugar a la pelota o a las bolitas, pero yo me daba cuenta de que siempre estaba pendiente del entorno, de la gente, estaba al acecho o expectante de algo que se escapaba a mi comprensión.

—Yo vi el cometa —dice Víctor de pronto.

—¿Cómo era? —pregunta Roro.

—Amarillo.

—¿En serio?

—Sí

Armando fulmina a Víctor con la mirada.

—No es cierto, es una bola de hielo, debería verse blanco
—protesta Armando.

—Yo lo vi amarillo en mi telescopio. ¿De qué color lo viste tú?

La pregunta era malintencionada, ya que Armando vivía solo con su madre y su abuelo, era más pobre de lo que éramos nosotros, bajo ninguna circunstancia su familia hubiese tenido dinero para regalarle un telescopio o unos binoculares, y si lo hubieran tenido, dudo que lo habrían gastado en un juguete para él.

—No tengo necesidad de haberlo visto, me basta con los tontos hueones que creen que lo vieron para que me cuenten de qué color les pareció verlo.

Con Roro nos miramos sin saber qué decir. Era evidente que entre ellos nunca iba a existir un buen entendimiento ni *buenas migas*; sin embargo, todas las tardes nos juntábamos a jugar en las canchas o en la plaza que está cerca de nuestro colegio, y en la cual un día apareció un hombre muerto. Tenía la cara amoratada y llena de sangre. La ropa rota, el pelo sucio, los pantalones embarrados. Recuerdo haber salido del colegio y toparme con la gente que miraba sin hacer nada; Armando contemplaba todo con una expresión sombría, pero su expresión siempre era sombría. Cuando me vio, tomó

su bolso y se fue sin acercarse a mí, nunca lo comentamos después. Luego llegó carabineros y una camioneta blanca, y se llevaron el cuerpo.

—¿De qué hablan?

Los cuatro nos volteamos para ver la procedencia de ese suave timbre de voz, era Valentina, con su jardinera rota en las rodillas, su dorado pelo enmarañado y su cara sucia. Inmediatamente, Roro se puso rojo. Yo lo miré y me reía por dentro.

—Del cometa Halley —responde Víctor—, ¿tú lo viste?

—No, nadie lo vio —dice Valentina, a Armando se le ilumina el rostro y cruza su mirada con la de ella—. Dicen que el famoso cometa pasó más rajao que el Papa el año pasado cuando lo fuimos a esperar a San Pablo. Tampoco nadie lo vio.

Yo me río, Roro sigue turbado por la belleza de los ojos verdes de Valentina, por su rostro pecoso y luminoso. Víctor guarda silencio. Armando la mira y es la única vez que su talante abandona su rigidez de siempre, ese ceño fruncido que permanentemente colma su rostro.

—¿Qué hacen aquí? —pregunta Valentina.

—Esperamos al Pepe que fue a inflar la pelota —respondo.

—Pero la cancha está llena, ¿dónde van a jugar?

—En la calle —dice Armando.

—¿Quieres jugar? —le pregunto. Ella niega con la cabeza. Se sienta en el pasto junto a Roro, él comienza a sudar, se pone nervioso.

—¿Por qué no vamos a la parcela mejor? —propone Valentina.

Los cuatro nos miramos sopesando la idea. La parcela era el último vestigio de lo que alguna vez fue toda esa zona antes de ser loteada y vendida a la gente pobre de la capital que no tenía otra opción más que esos escasos metros cuadrados que nadie en Santiago estaba dispuesto a comprar. Años después, allí se instalaría una comisaría, sería la primera donde me encerrarían por mis borracheras y mis peleas contra los neonazis y fachos de la comuna, gente casi tan despreciable y vil como yo a los 20 años. Hubiese ido de buena gana a la parcela, nunca he sido bueno para la pelota, me cuesta correr con ella, nadie me da pases, nunca hago goles y casi siempre me dejan en el arco donde pierdo todo el entusiasmo por seguir jugando. El único buen recuerdo que tengo del fútbol es cuando mi viejo se compró una tele en blanco y negro para ver el mundial de México. Fue la primera tele que tuvimos. Con mi primo no nos perdimos ningún encuentro, y cuando mi padre estaba libre, veíamos los tres los partidos. Todavía me acuerdo del enfrentamiento entre Argentina e Inglaterra, y el gol más hermoso de la historia, cuando Maradona toma la pelota en mitad de la cancha y se desplaza hacia el arco rival haciendo amagues como si no fuera la gran cosa, dejando en el camino a la mitad del equipo inglés en el suelo, una finta final al arquero y ¡GOL! Con mi primo nos miramos sin poder creerlo, era como si hubiéramos presenciado un trozo de historia que no se iba a volver a repetir. Hasta mi madre se detenía en su quehacer diario para ver el mundial. Pero el problema se producía

cuando mi padre llevaba a sus amigos a la casa y miraban la tele tomando una cerveza, que luego se multiplicaba en dos, tres, cuatro... después venían las peleas en la noche con mi vieja, ella llorando y yo impotente odiando a mi padre, lo único que quería es que se muriera y regresar a Navidad con mi madre, reencontrarme con las playas de Matanza y volver a ver a mis primas que eran todas bellas, pálidas y salvajes; parecidas a Valentina.

—No, ya mandamos al Pepe a inflar la pelota —dice Víctor.

—Podemos jugar allá, a las quemaditas —responde Valentina.

—No me parece mala idea —la apoya Roro.

Armando guarda silencio, mira a Valentina muy concentrado, como si buscara en su mirada algún secreto inescrutable.

—Las quemaditas es un juego de niñas, yo no juego a esa hueá —rechaza la idea Víctor alzando la voz en la última palabra para sonar más enfático.

—Yo te acompaño, Valentina —le digo—, no me gusta mucho jugar a la pelota.

—Yo también voy —dice Roro poniéndose de pie y extendiéndole la mano a Valentina para ayudarla a levantarse. Nunca lo había visto hacer eso por nadie, ese pequeño gesto de amabilidad era raro en cualquiera de nosotros, incluso Valentina lo miró algo sorprendida, pero aceptó su mano algo nerviosa. Esbozó una sonrisa y sus mejillas se sonrojaron por un segundo mientras se ponía de pie.

—¡Uuuuy! —exclamé—. Y ambos se ponen rojos esta vez, pero no se separan, no separan sus manos.

—Yo no voy —dice Víctor—, prefiero esperar al Pepe y jugar con él.

Nadie le responde.

Armando mira las canchas, a la gente que colma las calles. Se concentra en Mapocho, la avenida que hasta hace un rato tenía un flujo regular de vehículos, ahora estaba vacía.

—Ya cabros, ahí viene el Pepe —dice Víctor—. Me voy.

—¡Espera! —dice Armando.

Valentina y Roro todavía tienen sus manos entrelazadas. Yo miro a Pepe que viene saliendo de la vulcanización, va botando la pelota contra el suelo. No parece percatarse de nada, camina distraídamente, nos mira, alza la pelota y nos la muestra para darnos a entender que ya está lista, que ya podemos jugar con ella, pero no alcanza a cruzar Mapocho porque la gente que en ese instante está en las canchas comienza a correr, es una estampida imparable que Pepe no alcanza a esquivar.

—¿Qué pasa? —dice Valentina, aferrándose del brazo de Roro.

—No sé —respondo yo.

—¿Está temblando? —pregunta Víctor.

A Armando se le encienden los ojos, su mirada es la de alguien que está listo para escapar o para enfrentar cualquier cosa. Entonces, la multitud alcanza a Pepe que mira impávido hacia el gentío que pasa a su lado. En un momento dado me percaté de que todo se ralentiza de súbito: veo al hombre

que toma a su hijo, a quien enseñaba a andar en bicicleta hace un rato, que ahora corre; a Roro arrastrando a Valentina hacia la parcela que está a un costado de Mapocho; y a Víctor pálido sin saber qué hacer, mira todo sin comprender qué ocurre.

—¡Corre, culiao! —me dice Armando mientras me toma del brazo y me arrastra hacia la parcela.

Justo en ese instante siento la primera ráfaga que proviene de un vehículo militar. Después pasa otro más que también le dispara a la gente.

Víctor cae al suelo inerte, nadie lo ayuda, nadie atina a nada más que a huir por los estrechos pasajes de Cerro Navia. Años después, sabría que todo se debía a que el general ese día había asistido a una concentración por el “Sí” que se realizaba en el gimnasio de la comuna, a la cual los pobladores decidieron boicotear con piedras y palos. La respuesta posterior sería terrible, en la noche vendrían los allanamientos y las detenciones, entre estas últimas, al padre de Valentina. Pero como decía, para mí ese instante duró más que un instante, todo se desarrollaba a una velocidad distinta, todo se movía más lento, como si el tiempo me quisiera dar la oportunidad de no olvidar nunca ese día, como si el tiempo quisiera que nunca más olvidase la cara de horror de Pepe al ver las patrullas, sus ojos de súplica al cruzarse con mi mirada a la distancia, y la pelota que cae de sus manos, y Pepe que es absorbido por la gente que huye y que no espera a que el tiempo se sincronice con lo que mis ojos ven.

Ese día

No sé, yo en ese entonces habré tenido unos 12 o 13 años, no lo recuerdo bien. Aquel día había jugado toda la tarde con mi primo que vivía a dos casas de la mía. Cerca de Mapocho había un par de canchas de tierra enormes donde practicábamos tiros con la pelota intentando emular las jugadas que veíamos en los Supercampeones, no los goles del Matador Salas o del Bam Bam Zamorano, o las jugadas de Gorosito y Acosta; para nosotros los personajes del animé eran superiores, aunque no existieran, aunque las canchas fueran exageradamente grandes y los partidos duraran dos o tres semanas.

Mi vida era la calle, la cross de mi primo y las canchas donde quedábamos llenos de tierra. Las zapatillas rotas, la ropa sucia y sudada, y el calor de esos veranos eternos; ese calor era la niñez.

No teníamos que andar en metro o en micro para desplazarnos, no teníamos que pasar todo el día en un trabajo que no nos gustase, no existían los horarios, de hecho, casi siempre llegaba a casa cuando la noche caía. Mi madre me retaba por callejero, pero no pasaba más allá de eso; nunca hubo correazos ni cachetadas. Ella nunca se enojaba de verdad.

Con mi primo tratábamos de hacer el tiro con efecto de Oliver Atom, ese que formaba una parábola muy cerrada

al acercarse al arco y se metía en la red justo en el último instante, cuando el arquero pensaba que la pelota se iba por encima del travesaño.

—Nos vamos a ir el otro fin de semana —dijo de pronto mi primo.

—¿Cómo? —respondí.

—Eso poh, mi papá dijo que nos vamos pa' Temuco.

No sé qué cara puse, pero seguramente fue de tristeza o desconcierto, mi primo era el único amigo que tenía en el barrio, todos los otros niños se alejaban de mí porque me encontraban raro o tonto; tenía déficit atencional y otras cosas que en ese tiempo no tenían nombre, o si lo tenían, a la gente común le daba lo mismo, para ellos toda mi hiperactividad era sinónimo de estupidez.

—No me puedo llevar la cross, ¿la querí? —me preguntó mi primo.

De pronto todo se iluminó, una inmensa alegría me colmó el pecho, era felicidad pura y genuina. Mi viejo no podía comprarme una, con su sueldo sólo nos alcanzaba para lo esencial; nunca nos comprábamos ropa nueva, yo nunca recibía regalos para la pascua o mi cumpleaños, y mucho menos soñábamos con salir de vacaciones en el verano.

—¡Sí hueón, obvio que la quiero! —dije, y le pegué un chute a la pelota tan fuerte de pura felicidad que ésta salió disparada hasta Mapocho dando directo en el enorme parabrisas de la 305 que pasaba a toda velocidad.

—¡Putá hueón, qué la cagai!

Los dos miramos como la micro se detenía de súbito acercándose a la cuneta y raspándola con los neumáticos

que echaban humo, el bus se tambaleó hacia sus flancos, y los autos más pequeños que iban detrás también tuvieron que frenar rápido para no quedar estampados en la parte posterior de la carrocería del bus. El chofer salió con un bate de béisbol y nos amenazó blandiéndolo.

—Pendejos maricones, vengan pa'ca, que les voy a meter este palo por la raja.

Nosotros nos subimos a la bici de mi primo tan rápido que nos olvidamos por completo de la pelota.

—¡Putá, siempre te mandái estas cagás, hueón! —me retaba mi primo mientras aceleraba pasando por hoyos y piedras; yo trataba de mantener el equilibrio sobre las pequeñas barras que sobresalían del eje de la rueda trasera, y apoyaba mis manos en los hombros de él.

Huimos hasta llegar a San pablo, donde hay unas enormes bajadas casi verticales. Estuvimos allí el resto de la tarde, nos tirábamos por la pendiente sin importar el tráfico que pudiese haber en la calle que atravesaba la desembocadura de esa empinada avenida. Mi primo me permitió usar la cross para que le tomara el gusto, aunque eso estaba de más, siempre amé esa bici: era pequeña, era rápida y tenía cambios, algo muy extraño en aquel modelo viejo. El viento en la cara, la suavidad del contacto de las ruedas contra el pavimento, el desafío al vértigo. Todo era más o menos como veía el mundo por ese entonces, mucho antes de psicólogos y remedios. Aplasté un vaso de yogur que estaba botado por ahí y lo puse entre el marco de la bici y la rueda trasera, siempre había querido hacer eso, escuchar ese golpeteo que emulaba de mala manera el motor de una moto, era un

sueño, como instalarle una antena larga con un banderín en la punta, ambos eran elementos suntuarios que no tenían ninguna utilidad práctica más que el placer.

Estuvimos mucho rato allí, hasta que llegó el Cabezón López, un vecino que andaba en una pistera gris gigante, él apenas tocaba el suelo con la punta de los pies cuando paraba, y tenía que hacer equilibrio para no caerse. Por alguna razón, siempre que llegaba era nuestra señal para huir, ya que él nos perseguía con bombas de agua o, en su defecto, con escupitajos que nos arrojaba sin mediar nada, sólo porque sí. Arrancábamos por pasajes y calles estrechas, también por la Alameda y Mapocho, donde las micros no tenían ningún cuidado al pasar por nuestro lado. Todo era una invitación a la muerte: las bajadas de las lomas empinadas de San Pablo; el tráfico desordenado y hostil de Santiago; La Hondonada, el gran hoyo donde la gente botaba basura, y en cuyo punto más profundo, más de un cuerpo se había encontrado entre los desperdicios en los últimos años. Sin embargo, nunca nos pasó nada, ni siquiera me rompí una pierna o un brazo como le había pasado a varios de mis compañeros del colegio en ese entonces.

—¡Los pillé! —dijo el Cabezón sosteniendo una bomba de agua en la mano.

—Eso creí voh, hueón —dijo mi primo, e intentó ponerse en marcha, pero justo en ese momento me llega la bomba en la sien izquierda, con lo cual perdí el equilibrio y me caí al suelo azotándome la cabeza contra el pavimento y quedando seminconsciente, atontado.

Escuché la risa del Cabezón López y las amenazas de mi primo. Una señora con una muchacha más o menos de mi edad se habían acercado.

—¿Estái bien, cabro? —preguntó la señora.

La muchacha era preciosa, tenía el pelo rubio, largo y liso, le caía sobre la cara pálida, sus ojos eran verdes, muy claros, casi transparentes, se parecía a Cristina Rosenvinge, la vocalista de Cristina y los Subterráneos. Yo sólo atiné a mirarla. De a poco volvía a recuperar el control de mis sentidos. La niña, por alguna razón, me había tomado la mano; la suya era pequeña y suave y blanca. Tenía shorts de mezclilla y una polera con un estampado donde aparecían Arnold y Gerald apoyándose el uno en la espalda del otro, ambos estaban con los brazos cruzados, debajo de la polera se adivinaba la proyección de dos pequeños senos. Entonces sentí calor en mis orejas, vergüenza y una erección espontánea y muy notoria debajo de mis bermudas. La señora se dio cuenta.

—Parece que tu amigo ya está mejor el caliente de mierda —le dijo a mi primo.

La niña retiró de inmediato su mano al percatarse de mi incontinencia, se puso detrás de la señora que nos empezó a retar. Pero la muchacha se reía, no burlándose de mí, sino riéndose de la absurda situación.

Con mi primo nos subimos a la bici lo más rápido posible. El Cabezón había desaparecido, quizás con temor de lo que le fuésemos a hacer. Una vez lo agarramos entre los dos y lo tiramos a La Hondonada, quedó todo sucio y mojado por la basura acumulada allí.

La señora nos seguía retando: que éramos unos enfermos, que su nieta tenía apenas 13 años, que si nos volvía a ver nos iba a agarrar a palos. Arrancamos. Yo miré hacia atrás, hacia la niña, el viento que se había levantado de repente hacía bailar su pelo que resplandecía dorado como el sol moribundo de esa tarde. El cielo se veía anaranjado.

Buscamos al Cabezón López tanto en el gimnasio municipal como en los flippers de J. J. Pérez, que eran sus lugares favoritos para perder el tiempo, pero no lo pudimos encontrar. Entonces decidimos dejarlo así, seguramente se había escondido a su casa y ese lugar, tanto la casa de él como las nuestras, estaban fuera de cualquier tipo de represalias, ninguno se metía con el hogar o la familia del otro.

Volvimos a las canchas, quizás con la esperanza de recuperar la pelota, pero la idea era absurda, ya que nadie iba a estar esperando a que apareciéramos para preguntarnos si se nos había perdido una. Contemplamos el atardecer, las nubes habían dejado de ser naranjas, ahora se veían oscuras, como cuando está a punto de llover.

—¿Y qué van a hacer en Temuco? —le pregunté a mi primo.

—No sé, vamos a vivir en el campo, mi viejo dijo que iba a reclamar unas tierras que le correspondían de no sé qué cosa.

—¿Una herencia?

—No, es otra cosa, no cacho muy bien.

—¿En serio me vai a dar tu bici?

—¡Otra vez! —dijo mi primo y puso los ojos en blanco, exasperado.

Quería decirle que sin él no iba a poder arrancar del Cabezón López tan rápido como lo hacíamos juntos, y practicar tiros en esas canchas enormes de Mapocho no iba a ser posible si estaba solo. Un par de años después descubriría los libros, nunca más me sentiría aburrido o asfixiado por el peso de mi soledad, pero en aquel entonces no lo sabía, y sentía una enorme nostalgia por todas esas cosas que no íbamos a poder hacer juntos. Tenía ganas de decirle todo eso, pero no lo hice.

—Qué bacanes se ven las nubes —dijo de repente

—Sí —confirmé yo—, parece que fuera a llover.

Nos fuimos caminando hasta mi casa, acordamos que la bici se iba a quedar conmigo desde esa noche, mi primo me iba a acompañar para contarles a mis viejos de nuestro trato, para que ellos no se extrañaran al verla. Pero cuando llegamos, en el aire había algo raro, algo como pesado o denso que hacía que nuestros movimientos fueran más lentos, y así recuerdo todo ese día, como si ocurriera en cámara lenta; era como un extenso plano secuencia en el que pasaban muchas cosas que se escapaban de mi control, porque al llegar a la puerta de la reja de mi casa, justo sale mi madre, yo pensaba que me iba a retar por la hora, pero no fue así, tenía los ojos rojos, las mejillas rojas también, lloraba. Detrás, la seguía mi padre, estaba borracho y gritaba, ya no recuerdo qué, porque también, aparte de ocurrir todo a esa velocidad imposible, los sonidos habían desaparecido. Mi padre alcanzó a mi madre, la tomó por los hombros, la giró hacia él, la sujetó con las manos apretando sus brazos con fuerza, luego le pegó una cachetada; yo dejé caer la bicicleta

al suelo, abrí la puerta y fui hasta él, traté de separarlo de ella, pero no pude, le di una patada en las canillas y el viejo me respondió con un manotón en la cara tan fuerte que me hizo caer de bruces. A esa altura, ya todos los vecinos habían salido de sus casas, todos miraban; sin embargo, nadie hacía nada. Busqué a mi primo, pero ya no estaba. Me puse a llorar, mi madre trataba de zafarse para ir a ayudarme, pero le era imposible. Entonces, mi padre la suelta y va a recoger una piedra enorme de un montón que mi mamá usaba para demarcar el límite del jardín en el patio delantero, la alzó lo más alto que le permitía el peso de ésta y su borrachera. Mi madre le había dado la espalda y se había inclinado hacia mí para darme la mano y ayudarme a incorporarme. Yo veía con horror la escena, no pude articular palabras, me quedé paralizado viendo lo que iba a pasar. Hacía dos meses que en la esquina de nuestra calle se había inaugurado una comisaría de Carabineros, casualmente iba pasando una patrulla que se detuvo, seguramente, a causa de la cantidad de gente aglomerada. Bajaron dos pacos, entraron rápido al patio, tomaron a mi viejo, le quitaron la piedra y se lo llevaron. Justo en ese momento apareció mi tío que venía con mi primo detrás, alcanzó a ver cuándo metieron a mi papá en el furgón. Entró al patio y le preguntó a mi madre cómo estaba, ella le dijo que bien, que no se preocupara.

—¿Pero te pegó?

—No, yo tuve la culpa.

—No, mi hermano siempre ha sido así el hueón. Yo lo voy a ver, no te preocupí. Lo voy a agarrar a chuchadas al maricón.

—No, por favor —suplicó ella, y su rostro se tornó sombrío y angustiado.

—Ya, tranquila, no le voy a decir nada, pero igual voy pa' la comisaria.

Mi tío le sobó el hombro a mi madre.

—¡NO TIENEN NADA QUÉ HACER LOS MIERDA! —les dijo a los mirones.

Yo abracé a mi mamá, nunca la había sentido tiritar así.

A mi padre lo soltaron a la mañana siguiente. Venía acompañado por mi tío. Estaba pálido, se metió a la cama y no salió hasta la noche. Con mi madre tratábamos de no hacer ruido en la casa para no despertarlo. Mi tío nos había dicho que, si se ponía violento que lo fuéramos a buscar, pero no fue necesario. Cuando salió del dormitorio nos habló como si nada hubiese pasado, como cuando tiene el día libre y nos preparamos para salir a pasear al centro. Mi madre le sirvió la comida, y los tres nos sentamos a la mesa y permanecemos callados hasta que terminamos de comer.

Algunos años después, mi padre se largó, nos dejó solos. Por esa misma época le detectaron una enfermedad degenerativa a mi madre, un mal que no la iba matar rápido, pero sí en un tiempo acotado, no más allá de 10 años. Mi madre consiguió empleo haciendo el aseo, yo empecé a trabajar en el empaque de un supermercado. Siempre arrendamos, cuando mi viejo vivía con nosotros teníamos que cambiarnos constantemente de casa, a nuevas comunas, a nuevos barrios, barrios pobres, por cierto; esta situación se acrecentó cuando mi padre se fue, recuerdo que con mi vieja tratábamos de encontrar el lugar más barato posible, esos cambios eran

desgastantes, y ella lo resentía especialmente, se sentía débil, se veía así, y estos esfuerzos, sumado a nuestra precaria situación económica, no hacían más que acelerar su empeoramiento físico. Yo recordaba la época en que jugaba en las canchas de tierra con mi primo, y me parecía todo tan lejano y borroso, era como si hubieran pasado muchas décadas desde nuestra niñez.

A veces mi padre iba a veranos, y a veces se quedaba con nosotros por largas temporadas, nunca volvió de manera definitiva. Cada cierto tiempo nos dejaba algo de plata. En su trabajo le pasaban una camioneta, y en ella sacábamos a mi mamá a pasear algunos fines de semana, a ella le gustaba visitar las playas de Navidad y Matanza, de las cuales disfrutó mucho cuando era niña; nos alojábamos en la casa de un tío, y allí vivimos momentos bastante apacibles paseando por las arenas oscuras de esas playas solitarias y perdidas de la sexta región.

Al morir mi madre, mi viejo se marchó a Valparaíso y se radicó allí. Yo en ese entonces ya vivía solo; recuerdo que nuestra separación fue rápida y sin despedidas dramáticas. Iba de vez en cuando a verlo, principalmente, en las vacaciones o los feriados.

Mi padre dejó definitivamente el trago por esos años, pero no el cigarro. Cuando le encontraron el tumor en los pulmones ya era tarde, se había extendido y sólo le dieron 6 meses, aguantó 2. Yo me había casado, no tenía hijos y recuerdo que mi jefe en esa época me tenía en buena estima porque ya habíamos trabajado antes en una empresa de telecomunicaciones, donde ambos fuimos compañeros.

Con el tiempo él había formado su propia empresa y me había dado empleo. Cuando le comenté lo de mi padre, no hubo problema con los permisos que necesitaba de vez en cuando; y como si previera algo, un día le solicité una semana completa de vacaciones anticipadas para ir a ver a mi padre, él me dio dos. Mi mujer se tenía que quedar por cuestiones laborales y familiares en Santiago, pero había prometido ir el fin de semana. Cuando llegué, lo vi más flaco, se había cortado el pelo al rape, y sus ojos se veían vidriosos y hundidos. Pero todavía tenía algo de vigor para hacer sus cosas cotidianas como ir al supermercado a comprar alimentos. Su paso era lento y cansino. El viernes de aquella semana murió, unos días antes le había dado un colapso y había estado hospitalizado desde entonces. Ya no lo podían intubar, así que le pusieron una máscara que cubría toda su cara y por la cual respiraba. Cuando entraba a la sala a verlo, él no podía hablar, es decir, hablaba muy poco y muy bajo, casi no se le entendía. En un hospital público las enfermeras y guardias no dejan que te quedes con el paciente toda la noche como en las películas, te echan como máximo a las 9, y al día siguiente tienes que volver en el horario de visitas. Había dejado a mi padre durmiendo tranquilamente aquel viernes, pasaron dos horas y me llamaron del hospital, mi viejo había muerto. Lo enterramos con mi mujer el domingo, hubo muy poca gente en el cementerio, fueron mi tío y mi primo, y algunas viejas amistades de mi papá.

Recuerdo que unos días antes de su muerte, él se había puesto a hablar sobre ese día, de cuando se lo llevaron preso los pacos.

—Perdona, hijo —dijo de pronto. Estaba a punto de llorar, se le notaba en la cara, pero no lo hizo.

Yo me acerqué hasta él, puse mi mano sobre su hombro, sentí sus huesos duros, pero frágiles, bajo su lánguida piel, fue entonces que me di cuenta por primera vez de que la muerte estaba muy cerca, y que todo se tornaba definitivo y real.

No le dije nada, sólo nos quedamos así por un rato, pero creo que él entendía, no era necesario decir mucho.

El deseo de no volver a casa

Esa noche caía una suave llovizna y la ciudad se cubría de una fina capa de espuma que formaba pequeños charcos que pronto crecían y se extendían por las estrechas veredas de aquel viejo barrio cercano al cerro San Cristóbal. Un matiz de sonidos se expandía por Santiago conformado por las bocinas de los autos apurados, la sirena de alguna ambulancia, los omnipresentes ladridos de los perros a la distancia y, por supuesto, la lluvia, que ahora tomaba mayor fuerza.

El muchacho se miró en el espejo. El cuerpo desnudo, el rostro algo desgarbado, el torso lánguido con una insistente palidez que lo hacía parecer siempre enfermo. Se miró a los ojos y sentía que la imagen que tenía enfrente no le gustaba mucho. Bebió agua directamente de la llave. Afuera el frío arreciaba y comenzaba a desplegarse con mayor intensidad por la ciudad, y se extendía por sus calles.

Ella miraba atenta la pantalla de su teléfono, saltaba con el dedo de una imagen a otra, la prestancia de una mujer desnuda se manifestaba en cada foto que deslizaba. El muchacho le había contado que era una modelo rusa que se había vuelto actriz porno, o al revés, no estaba seguro. Miraba la belleza de aquella mujer que tenía el aspecto y la impronta de una adolescente, pero que poseía un cuerpo dulcemente desarrollado con una delicada ligereza que la hacía parecer frágil, más de lo que quizás era en realidad. Buscó en

internet información sobre ella, se enteró de que no era rusa sino checa y que tenía 27 años. Estrella-porno-modelo, piensa la chica. Se imagina a sí misma cruzando una pasarela con un vestido muy ceñido, rojo, con la espalda descubierta. Ella se ve de un metro ochenta. Patéticos hombres la desvisten con la mirada. Imagina sus pensamientos, en los que ellos la poseen, todos, grupalmente, como si fuera la protagonista de una película pornográfica con una pésima premisa. Entonces la muchacha busca videos de la performance de la checa. La ve engullendo enormes penes y practicar posiciones muy rebuscadas. En todas las imágenes ella tiene una mirada inocente, casi tierna que a la chica le encanta, se empieza a tocar, su mano recorre su sexo y lo estimula. Se acuerda, de pronto, de cuando estaba en el colegio y por las tardes iba a la casa de la Pancha a estudiar, su amiga de la enseñanza media; se acuerda de los rituales que compartían, como cuando se maquillaban mutuamente o se prestaban ropa, y ella se probaba jeans o petos frente al espejo de cuerpo entero de su compañera; se acuerda de cómo, a veces, su amiga la desvestía y luego le besaba todo el cuerpo, quedándose largo rato entretenida con sus pezones rosados y con el pequeño botón de su clítoris.

El muchacho limpió el espejo que todavía tenía algo de vapor adherido a la superficie. No sabía cómo empezar a tratar el tema, tenía claro que esa noche iba ser la última. *No podía dar tantas largas a las cosas*, nunca es bueno hacerlo, lo mejor sería ser sincero y abordar la situación sin más dilaciones. Pero algo ya le había esbozado a la chica, le había comentado del posible viaje al extranjero, el motivo era una

beca en Barcelona que debía aprovechar. Él le manifestó sus deseos de conocer otro país, de estar en contacto con otras realidades y culturas, así lo expuso. Ella lo miró sin decir nada, sin dar muestras de haber entendido algo de lo que le decía, sólo le observaba en silencio con ojos confusos, los cuales le daban un aire cándido a su habitual expresión desorientada.

Se miró nuevamente en el espejo que volvía a empañarse por el vapor del agua caliente de la ducha que había tomado recién. Tenía el aspecto de alguien enfermo, o muy cansado. Ojeras negras bajo los ojos, marcadas arrugas alrededor de ellos, prematuras canas en las sienes.

La chica miraba la pantalla de su teléfono y se tocaba, no podía resistir el deseo que le provocaba la checa, y la necesidad de ser acariciada, lamida, invadida. Mira a la checa siendo penetrada por su novio, también actor porno, pero él no le mueve ni un pelo, es ella la que le produce esa sensación de querer abandonarse al placer, a lo sucio e igualmente satisfactorio que puede ser a veces. Entonces la puerta se abre y entra el chico, la ve tocándose, ella se detiene en el momento en que el muchacho ingresa a la pieza. Él definitivamente la adora, mira su cuerpo pequeño y delgado, sus pechos que, a pesar de su contextura, son abundantes, la ve con la mano en la ingle y le parece una fruta descascarada, dispuesta a ser devorada. Ella le hace un gesto con la cabeza para que se acerque, él obedece y se sube a la cama, se coloca sobre ella y la besa, las lenguas juegan, se entrelazan y se esconden, ella lo muerde un poco en el labio inferior. Él posa una mano en su vagina apartando la de ella, estimulando

el clítoris y con la mano libre toca sus pechos apretándolos, primero con suavidad y después aumentando la fuerza, ella se queja, pero su cuerpo se curva de placer, levantando el pubis y ofreciéndoselo al chico. Entonces, el muchacho baja besando su cuello, mordiendo el lóbulo de la oreja izquierda, ella acerca su mano al pene del chico y comienza a masturbarlo. El muchacho siente un calor que sube por su abdomen, un cosquilleo que lo estremece y lo somete, pero antes de ceder a esa dulce derrota, detiene a la chica y comienza a besar sus pechos, mordiéndolos suavemente con los labios, luego los lame con la punta de la lengua, la chica lo mira, no le estimula tanto ver cómo juega con sus pechos como sí lo hacen sus dedos frotando su sexo. El chico sabe lo que ella quiere y baja besando el suave camino de su vientre que precede a la carne palpitante y húmeda. Llega hasta su sexo y lo besa, besa su clítoris, lame y devora. La chica se retuerce casi de inmediato. El chico siente los cambios de ritmo, los espasmos y el sabor algo ácido y luego más neutro de sus jugos, le gusta verla así, disfrutando y saber que esa dicha la produce él. La chica tira del pelo del muchacho y le pide que pare, que pare, porque siente que se va a morir. El muchacho se detiene y sin perder tiempo la penetra, su erecto pene logra entrar fácilmente en ella. Por un instante todo es silencio, ambos se miran a los ojos, ambos están unidos, son uno. Entonces el chico comienza a moverse con calma al principio, sin exagerar sus deseos de verla así, tal cual como está, entregada. La chica lo mira y a la cabeza se le viene la imagen del novio de la checa, ese muchacho flaco, sin ningún tipo de atractivo ¿Qué le habrá encontrado a ese

triste tipo?, tan pálido, tan lampiño, tan feo... entonces se da cuenta de que, efectivamente, lo ama, nadie podría estar con un hombre así si no fuera por amor. El chico aumenta la cadencia de sus movimientos, apoya una mano en uno de los pechos de la chica, entonces se inclina hacia ella e introduce un dedo en su boca que ella lame. El chico enviste una y otra vez a la muchacha, la revuelve en la cama, la cambia de posición hasta que ella le da la espalda y él se tiende encima, se acerca a su cuello, la chica se queja suavemente, casi sin emitir sonido. El muchacho aumenta la intensidad de su respiración que se transforma en un jadeo continuo, siente que su corazón está a punto de estallar, o de detenerse. Entonces llega el espasmo final, saca su pene desde el interior de la vagina de la chica y eyacula sobre su espalda. El chico mira absorto por un segundo su brillante esperma. La chica está agotada, ha llegado al orgasmo casi al mismo tiempo que el chico, y siente que todo su cuerpo palpita, como un enorme corazón.

La muchacha va hasta el baño y se mete en la ducha. Mientras lo hace piensa nuevamente en la checa y en su amiga de la enseñanza media, ¿dónde estarán?, ¿dónde están todos? Hace mucho tiempo que tiene la impresión de que las personas que solían ser indispensables en su vida se han ido, se han alejado, una desagradable sensación de soledad se ha instalado en su vida desde hace algunos años. Cuando sale de la ducha se intenta mirar en el espejo empañado del baño, pero su imagen se desvanece, se derrite, se pierde en esa niebla artificial.

El chico está mirando el celular que la muchacha dejó olvidado sobre el velador, revisa las fotos de la checa que él cree que es rusa. Pasa una imagen tras otra, su pene está lacio y derrotado. La chica vuelve a la pieza y encuentra al muchacho manipulando su celular, se da cuenta de que está concentrado en las fotos de la checa. Al observar al muchacho siente de pronto una repentina ternura, verlo así, desnudo y ausente le da un aura de vulnerabilidad que antes no había notado. ¿Desde cuándo que lo conoce?, se pregunta, no lo recuerda; tiene la sensación de que es la única persona que le ha dado algo de continuidad a su vida, algo más de desarrollo. Se acerca a la cama y se acuesta al lado del chico, él se sobresalta un poco. La muchacha le dice que la checa se parece a una amiga que ella tenía en la escuela, mientras toma el pene del muchacho y lo comienza a frotar suavemente. Él no dice nada, no sabe cómo abordar el tema, la chica lo mira a los ojos.

—Te vas, ¿cierto?

El muchacho asiente.

—¿No volverás? —pregunta ella.

—No lo sé —responde él.

De pronto todo se vuelve silencio, un silencio oscuro.

—¿Y todavía la ves? —pregunta el muchacho.

Ella lo mira sin comprender.

—A tu amiga, ¿todavía la ves?

La chica niega con la cabeza.

—No, al terminar el colegio no volví a verla, supe que se fue a vivir a Puerto Montt con su pololo.

Otra vez el silencio.

—Son tres años —dice el muchacho—, hoy salgo a las dos de la mañana.

—¿Entonces te tienes que ir ya? —pregunta la chica.

—Sí, ya debería estar saliendo para la casa a recoger mis maletas —responde él.

La muchacha lo mira y no sabe muy bien qué decir.

—¿Barcelona queda cerca de República Checa? —pregunta por fin.

—No lo sé, pero creo que sí —responde él.

Entonces la chica comienza a masturbar al muchacho con más rapidez y fuerza, luego se acomoda frente a su pene y le empieza a hacer sexo oral de manera brusca, casi violenta, de tanto en tanto mira su rostro, pero el muchacho tiene los ojos cerrados y su cuerpo tiembla, sabe que no puede escapar; y después de unos minutos, el chico eyacula en la boca de la muchacha. Algo del líquido se desliza por una de sus comisuras. La muchacha va hasta la puerta y se queda un momento en el umbral, su figura se recorta contra la luz de fondo que viene desde baño, su cuerpo es una sombra que el chico se graba en la cabeza como si fuera el vacío, el vacío de los días venideros.

Después de que la muchacha se limpia, el chico hace lo mismo, va hasta la ducha y se baña otra vez, sabe que aún tiene algo de tiempo, pero de todas formas se apura. Al salir ve a la chica, desnuda, está junto a la ventana mirando hacia la calle. Él la contempla un instante, piensa en las circunstancias, en cómo sería todo si fueran distintas, pero se da cuenta de lo inútil de ese pensamiento y lo deshecha. La chica abre la ventana, se cuele un aire frío que la hace estremecer. Afuera

la lluvia ha cesado y ese aire frío de pronto le hace recordar el sur, Valdivia, donde había un olor parecido, un aire fresco muy similar, pero también un aire a tierra mojada que no ha vuelto a sentir desde que ella era más chica, en un tiempo no tan lejano, cuando su madre arreglaba el jardín y lo regaba. Por alguna razón, se le vinieron a la cabeza todas aquellas ocasiones en que la encontraba hablándole a las plantas.

—Les hablo para que no se sientan solas —decía ella.

Y después vino la enfermedad, las noches en el hospital y el diagnóstico negativo. Han pasado dos años desde eso, la chica aún estaba en el colegio y la situación le sobrepasó, sobre todo en los últimos días. Seis meses después, su padre llevó a otra mujer a vivir a la casa, una mujer mezquina y sucia. En eso pensaba la chica cuando el muchacho la interrumpió para preguntarle si quería que la llevase a alguna parte.

—No, gracias, no quiero volver a casa, no todavía.

Entonces, el muchacho se acerca a la chica, la abraza y le da un beso en el pelo, luego se aparta de ella, va hasta el velador y deja unos billetes. Sale de la habitación, unos minutos después, la chica lo ve cruzar la calle desde la ventana, se aleja sin mirar atrás con el vaho de su boca siguiéndole de cerca. Entonces empieza a sentir una nostalgia repentina, una añoranza por todas esas cosas que sabe que no va a vivir, la ausencia del chico le provoca una sensación de abandono tan rotunda y desoladora, que el pecho se le inunda de una pena negra y fría; a pesar de que lo suyo era solamente un intercambio finito.

Y otra vez el silencio lo llenaba todo, ese silencio falso que la acompañaba desde hacía un tiempo. Al levantar la vista, la virgen que se alzaba sobre el cerro la miraba con los brazos extendidos, como una madre. Entonces el teléfono sonó, un número desconocido, como tantos otros, la chica lo miró con desdén, después volvió a la calle, ocho pisos, no son tantos, tampoco el tiempo que se tarda uno en llegar hasta el suelo desde esa altura. El grito se fundió con los sonidos nocturnos que continuaban inmutables su progreso. En el cerro la virgen impotente, nada podía hacer.

Primer día de primavera

Miro lo que están dando en la pantalla de la sala de espera, es una teleserie que va de una chica que trabaja en un campo donde el dueño es un tipo de barba y talante serio; ella tiene una actitud arisca y hace todo tipo cosas que molestan de sobremanera al tipo de barba, entre ambos se adivina que hay cierta tensión romántica y sexual, y esos sentimientos inexpresados se traducen en bruscos encuentros en corrales y caballerizas. A veces ella huye a caballo y él la persigue hasta que le da alcance e intenta sublimar el indomable ímpetu de la chica. Ella es hermosa, tiene un aura joven y encantador; él es un hombre mayor, se nota que la vida lo ha tratado de manera muy ingrata, tiene la expresión rígida e inmutable, es como si ya hubiese visto todo lo que tenía que ver en la vida, como si ya nada le fuera a sorprender. Todo esto lo supongo mirando la pantalla, ya que está sin audio, todos los diálogos son un montón de movimientos que se pierden en una mímica que logra traspasar el entendimiento básico de un argumento que adivino básico también, pero que no puedo dejar de contemplar absorto.

Nadie más pone atención a la pantalla, salvo una señora que mira indistintamente hacia la tele y después a mí. En un momento dado nuestras miradas se cruzan, yo me hago el loco y salgo al pasillo, me dirijo hacia la máquina de café, meto un billete y selecciono un cappuccino que me sabe

horrible, le doy dos sorbos y dejo el vaso abandonado sobre la máquina.

Entonces el celular vibra en el bolsillo de mi chaqueta. Lo miro, es un mensaje de Ofelia: “Me duele mucho todo lo que te está pasando, siento tu situación, pero así es la vida, una mierda. Te quiero, pero la cagaste, siempre la cagái y te hací el hueón después...”

Me quedo un momento mirando la pantalla del teléfono, luego cierro la aplicación, pero la vuelvo a abrir y releo de nuevo todo, reviso los mensajes anteriores y todos me hablan de más o menos lo mismo, de la rabia. Trato de encontrar alguno que sea de otro tiempo, de cuando no me insultaba, pero es inútil. Busco en la memoria imágenes nuestras, hay una en donde los dos estamos abrazados frente al enorme acantilado de Arena Gruesa en Ancud. El sol se está poniendo, la luz es crepuscular, somos dos sombras que apenas se ven recortadas contra el atardecer veraniego de hace más de un lustro atrás. No sé por qué me gusta tanto esa foto, hay algo en aquella risa compartida que apenas se distingue, o en nuestra despreocupada felicidad, que no me deja otra opción más que admirarla. Carolina nos tomó aquella foto de ese día moribundo; fueron unas agradables vacaciones, me hizo recordar cuando era chico e iba con mis viejos a Temuco, nadaba hasta el hartazgo en el río Chol Chol, jugábamos a la pelota hasta que se hacía de noche con amigos y primos, y acampábamos en pequeñas carpas junto a los gringos que se instalaban a nuestro lado cuando se los permitía mi tío Juan, el único de los hermanos de mi padre que se había quedado a

trabajar esas tierras junto a su familia cuando todos emigraron a distintas partes del país en los 60.

Guardo el celular en el bolsillo, miro el café sobre la máquina, lo tomé y vuelvo a la sala de espera, todavía están dando la teleserie en la pantalla. Nadie repara en mí cuando entro. Hay mucho movimiento de doctores y enfermeras. En el aire se sienten el tedio y la resignación. Me siento a mirar a la gente. Entonces la señora de hace un rato se me acerca.

—¿Usted es paciente? —me pregunta.

—No, acompaño a alguien —le respondo.

—Usted se parece tanto a un sobrino mío que murió hace años andando en moto, es igualito —agrega.

Parece que me quiere decir algo más, pero se queda callada y mira hacia la tele.

—Es linda ella —sentencia luego de un par de segundos y haciendo un gesto con la boca en dirección a la chica que arranca a caballo mientras llora por algo que no alcanzo a comprender.

El teléfono vuelve a vibrar, yo me sobresalto y derramo un poco de café sobre mis jeans. Me quemó.

—¡Mierda! —exclamo, y la señora me mira feo.

Miro la pantalla, es Ofelia otra vez. Cuando me dispongo a desplegar el mensaje, veo que mi madre sale de una de las puertas de las salas que están en el pasillo enfrente de mí. Su cara es confusa, mira para todos lados, por un instante siento que me está buscando, pero me doy cuenta de que sólo está enojada y perturbada, y mueve los labios como si se dijera cosas a sí misma. Me levanto y camino hasta ella.

—El doctor Villanueva quiere hablar contigo —me dice.

—¿Qué quiere? —le pregunto.

—Hablar contigo —reitera mientras camina hacia los asientos que están frente al monitor sin audio. Se sienta junto a la señora.

Me dirijo al box de donde salió. Golpeo una vez.

—¡Pase! —escucho decir al doctor Villanueva desde el otro lado de la puerta.

Cuando entro lo veo sentado tras su escritorio, teclea con rapidez y brusquedad frente al monitor del computador.

—Tome asiento —me pide. Lo hago.

Sigue concentrado en lo que la pantalla le muestra. Ingresa datos que seguramente corresponden al estado de salud de mi madre. Miro el box, es la típica habitación genérica con camilla y biombo. Por uno de los ventanales entra una luz que me hace sentir que el día poco a poco se pone más cálido y hermoso. Recuerdo la foto nuevamente, la de aquellas vacaciones con Ofelia y su hermana. Recuerdo el día en que llegamos a Chonchi y tuvimos que quedarnos una noche en la ciudad porque el bus se había retrasado y se hacía tarde para llegar a nuestro destino de ese entonces que era Quellón, queríamos partir desde el final de la isla grande hasta Ancud que está junto a Chacao, la puerta de entrada a Chiloé y el término de nuestro viaje. En la noche salimos a recorrer el pueblo y nos dimos cuenta de que el lugar estaba muerto, no había vida nocturna de ningún tipo. De pronto, sentimos que nos seguían, eran tres sombras, o eso creímos en ese momento. Comenzamos a correr por las calles desiertas.

Carolina tenía miedo por su cámara Réflex que llevaba todo el tiempo y a todas partes. Llegamos hasta la playa. No podíamos recordar la dirección del hospedaje donde nos alojábamos. Nos quedamos contemplando el mar, el oscuro mar que avanzaba hacia nosotros debido a la subida de la marea, en el cielo había luna llena. Entonces comencé a reír por la absurda situación en la que estábamos, Ofelia y su hermana me miraron sin comprender qué me pasaba.

—Bueno, es lo que esperábamos —me dice el doctor Villanueva entrelazando los dedos sobre los labios y apoyando los codos en el escritorio como si rezara, dándole así a su rostro una expresión severa.

Yo lo miro en silencio.

—Su madre está en la etapa final de la enfermedad, y su situación se complica más debido al lupus que padece, esto puede...

El doctor me habla sobre el problema de mi madre. Me explica lo debilitado de su corazón por el crecimiento descontrolado del miocardio, el musculo pronto va a colapsar, existe una posibilidad distante de trasplante, pero los gráficos del electro no ayudan mucho para que eso sea posible; el doctor habla sobre el tiempo, que mi madre puede morir hoy, mañana o en dos meses más pero que su enfermedad la va a matar pronto, eso es un hecho. Yo lo sigo escuchando, pero poco o nada retengo de lo que dice luego. Tengo la sensación de que debo sentir algo, tristeza o angustia quizá, pero lo único que quiero hacer es salir del box, ir al Parque de los Reyes y recorrerlo en su totalidad. O escapar de perseguidores inexistentes en un pueblo fantasma como lo es Chonchi

de noche. Y es entonces que el recuerdo de Ofelia vuelve, la veo a ella poniéndose de pie y diciéndonos que busquemos el hospedaje; Carolina me da la mano para ayudarme a incorporarme y la seguimos. Nuestras manos permanecen más tiempo de lo necesario unidas. Nuestras miradas se cruzan. Detrás nuestro, vuelven las sombras.

El doctor me dice que son necesarios nuevos exámenes, anota algo en un papel y me lo pasa. Se pone de pie indicando con ese gesto que ya no tiene nada más que decir, yo lo imito, me dice que hable con la persona del mesón, que ella nos va a dar más información sobre las fechas de los exámenes que mi madre se debe hacer. Nos damos la mano y nos despedimos. Voy hasta la puerta y él vuelve a su escritorio y continúa tecleando cosas frente al computador.

Cuando salgo veo a mi madre conversando con la señora que me había hablado hace un rato atrás, ambas están de acuerdo sobre lo bueno que es tomar el té con miel de abeja, que sirve para aliviar el peor resfrío. Miro a mi madre, ahora parece estar más tranquila y ya no tiene esa expresión de pérdida que colmaba su rostro cuando salió del box. Voy al mesón y arreglo lo de los exámenes, luego me dirijo hasta ella y la contemplo un rato conversar. En la tele ahora están transmitiendo en vivo el desastre de un incendio forestal, después éste se extendería devorando todo a su paso: animales, árboles, personas, pueblos. Medio Chile está en llamas. Alguien de la recepción sube el volumen. Los tres miramos la imagen. Hay un periodista desde Temuco, donde se está iniciando un foco, con mi madre nos miramos. Temuco, siempre Temuco, al hablar de esa ciudad inmediatamente se

me viene a la cabeza la figura de mi padre, mi padre y nuestros paseos a caballo, los criaderos de chanchos, las vacas, nuestros intentos en vano por querer cruzar el río nadando de orilla a orilla. Sé que para mi madre esa ciudad significa lo mismo que para mí.

—¡Qué tremendo! —dice la señora.

Mi madre me hace un gesto con la cabeza, yo entiendo y digo que ya se nos hace tarde, que nos tenemos que ir. Mi madre se despide de la señora, ella le escribe su número de teléfono en un papel que recorta de una desvencijada agenda del año 2011. Mi madre lo recibe y promete que la llamará para invitarla a tomar once algún día.

—Recuerde que la miel es buena para todo —dice ella. Mi madre asiente.

—Sí, gracias, cuando lleguemos a la casa compraré un pote en el supermercado.

Se dan un beso en la mejilla como si ya fueran grandes amigas, después mi mamá me toma del brazo y me lo aprieta tan fuerte que me duele.

Tomamos un taxi, casi no hablamos durante el camino de regreso. El Parque de los Reyes se ve radiante con ese océano verde que se extiende hasta el río. La temperatura es bastante agradable. Los niños juegan a la pelota, hay gente escalando el viejo silo, el azul del cielo es igual al de un paquete de velas. El taxista se desplaza rápido por calles y avenidas, pero en general es prudente y silencioso. Tiene la radio del vehículo sintonizada en una emisora evangélica donde anuncian una reunión en un templo de San Bernardo. Mi madre mira por su ventana a los edificios viejos y grises.

De pronto se vuelve hacia mí.

—No hay nada qué hacer, ¿cierto?

Negué lentamente con la cabeza. Ella vuelve a concentrarse en su lado del camino. Yo veo cómo el parque se termina abruptamente al llegar a Matucana, luego Mapocho y la vieja casona.

Cuando llegamos, ella me pregunta si me voy a quedar, le digo que sí, que no tengo nada más que hacer ese día, que si quiere le puedo ir a comprar la miel. Más tarde, dice ella y se dirige a la cocina a preparar algo. Le ofrezco ayuda, pero, como es habitual, se niega. Le pregunto por el níspero de la entrada, ese árbol enorme que nos dejó impresionados cuando llegamos por primera vez a esa casa, me dice que lo tuvo que mandar a talar porque al vecino le molestaban las hojas que caían sobre su techo. Escucho el chisporroteo del aceite sobre la sartén. Miro las paredes con su pintura verde que se está descascarando. Miro las viejas fotos colgadas, todas de cuando vivíamos con mi viejo. Recuerdo el mensaje de Ofelia que no alcancé a leer, saco de mi bolsillo el celular, abro la aplicación: “Mañana me voy pal norte”. Nada más que eso. Respiro hondo y me vuelvo a concentrar en las fotos.

—Deberías mandar a pintar las paredes —le digo a mi madre—, yo mismo podría hacerlo un domingo.

—Me parece bien —dice ella—. Sería bueno.

Entonces descubro una foto mía muy vieja vestido de escolar, tengo un maletín verde y estoy parado afuera del colegio donde estudiaba en ese entonces. Junto a mí hay dos compañeras: la Jessica y la Maribel. No las volví a ver nunca más después de aquel año porque nos tuvimos que cambiar a

otra comuna, ya que nos habían pedido la casa que arrendábamos en aquel tiempo.

—No había visto hace años esta foto.

—¿Cuál?

—Ésta, donde estoy con dos compañeras.

—Ah, sí, Bernardo hizo que te la tomaran el primer día de clases. La encontré mientras ordenaba un poco hace unos días atrás y me gustó, la mandé a enmarcar y la colgué.

—¿El viejo?

—Sí, en esa época era raro que todo el mundo tuviera una cámara para tomar fotos en los bolsillos. Siempre había un caballero fotografiando a niños afuera del colegio el primer día de clases; le pagabas, tomaba las fotos y las iba a dejar a la casa de uno después.

Yo sonrío a la cámara, me falta un incisivo, una de las paletas, el día está soleado. A mis espaldas se ven niños capturados para siempre en posturas extrañas al correr, mis compañeras también sonríen, ambas se colaron en la foto; ese fue el primer día para los tres en aquella escuela, no nos conocíamos de antes, pero estamos abrazados a lo compadre, la Maribel tiene una sonrisa luminosa, y la Jessica tiene un ojo cerrado debido al sol veraniego de la tarde.

—Esta foto debe ser muy vieja.

—Te la tomaron cuando entraste a primero básico. Saca la cuenta.

—Tiene 30 años.

—Sí, eso debe ser, Bernardo tenía un montón de fotos viejas de ti en una caja de zapatos.

Miro la imagen un instante, la descuelgo de la pared. La ropa de la gente, mi uniforme, el bolso de la Jessica, todo me habla de una época demasiado remota como para recordar lo feliz que pude haber sido ese día.

—Extraño al viejo —le digo—, ¿estará en Temuco ahora?

—No lo sé. Nunca se sabe con él —responde mi mamá desde la cocina.

Entonces, sin poder contenerme, me echo a llorar, es un llanto inconsolable, como el de un niño que se cae y se hiere las rodillas.

—¿Qué pasa? —pregunta mi madre desde el umbral de la puerta de la cocina.

Voy hasta ella y la abrazo con fuerza.

—No te vayas —le digo.

—Ya, ya, tranquilo, aquí estoy, no me voy a ir, tranquilo —me dice dándome unas palmadas en la espalda. Yo no puedo parar de llorar.

Nos quedamos así por un largo rato. Desde la cocina se escucha el sonido del aceite, y por la casa se expande un olor a quemado insoportable, pero nosotros permanecemos abrazados sin hacer caso a nada, quizás esperando a que todo pase.

Marcas

Con Bárbara compartíamos el gusto por Nirvana, ella adoraba a Kurt Cobain, y aquel año había comenzado a conmemorar el día de su muerte con una vela que había encendido el 5 de abril en honor a su memoria, y que había puesto en la cómoda de su pieza junto a una foto de la banda. Ya había pasado un poco más de un año desde que se había volado los sesos con una escopeta en la buhardilla sobre la cochera de su casa. A mí me gustaba su música, las letras las entendía a medias porque no era muy bueno con el inglés, pero de lo poco que comprendía, siempre su contenido me pareció oscuro y críptico, eso me agradaba, también sus videos me gustaban, y esa onda suya de estrella de rock atormentado. Bárbara tenía un estilo particular, si bien ella no usaba piercings o tatuajes como los que estaban tan de moda en ese tiempo, llevaba siempre ropa con alguna referencia al estilo de Cobain, o del grunge en general: chapulinas gastadas, pantalones rotos en las rodillas, camisas leñadoras. En ese entonces todos usábamos ese tipo de ropa, pero más que nada por pobreza y no tanto para venerar algún estilo musical en particular. Yo solía heredar la ropa usada de un primo mayor que veía, a lo sumo, dos veces al año. Mi tía siempre llegaba acompañada con sus hijos de visita, y nosotros, mi vieja y yo, teníamos que hacer grandes almuerzos y onces gigantescas para agasajarlos, para que no se notara pobreza,

aunque Puente Alto siempre era sinónimo de pobreza. Y ahí era donde vivíamos en ese entonces, una calle nos separaba de la población El Castillo. Mi madre se esmeraba en cocinar cosas ricas como elaborados estofados para el almuerzo y kuchen de manzana o una torta de mil hojas para acompañar el té de la tarde. Me gustaba cuando ellos se aparecían por la casa porque significaba que ese día iba a comer bien, o mejor que en los días normales. Mi tía solía avisar con una semana de anticipación para que nosotros estuviésemos listos con los manjares que ellos devoraban como si hubieran estado ayunando desde el momento en que ella colgaba. Mi madre le pedía dinero a mi viejo para atenderlos, él le pasaba de mala gana unas lucas, aunque mi papá siempre estaba así, de malas por todo; yo lo odiaba, encontraba que era un amargado egoísta y temía ser como él cuando fuese mayor. Hasta ese entonces, tenía la convicción de que mis miedos se concretarían pronto, ya que me sentía tan atrapado en esa especie de hoyo negro que era mi familia. Es cierto, todavía era un adolescente, pero algo me decía que sería muy difícil abandonar el hogar.

Mi tía llegó aquel día con una bolsa llena de ropa vieja, toda me quedaba grande, aunque con los años me acercaba más a la talla de mi primo. Cuando él cruzó la puerta se veía distinto, más alto y más flaco.

—Hola, hueón —me dijo, sus ojos estaban ocultos tras unos redondos lentes oscuros parecidos a los que usaba John Lennon en esas fotos en blanco y negro que aparecían en las portadas de los cancioneros que veía en el Eurocentro.

—Hola —le contesté mientras él me daba un gran manotón en la espalda.

—Me voy al servicio —dijo sentándose en un sillón del living y mirando la tele que estaba encendida, justo estaban dando los Power Rangers en el 7.

—Sí, se va el lunes a Arica —dijo mi tía, y luego de un segundo de reflexión, se largó a llorar—. Todavía es muy chico.

A mi primo parecía no importarle nada, miraba en la pantalla lo que, a todas luces, era su programa favorito. Mi madre fue a consolar a mi tía. La abrazó y le dio unas palmaditas en la espalda. Entonces entró Lidia, mi prima, que venía con más bolsas grandes, era mercadería que mi tía vendía en la feria, y cuando venía a vernos, aprovechaba de vendernos algo, mi madre siempre le compraba ropa o frazadas, a pesar de que a veces no nos alcanzaba la plata ni para comprar el pan. Lidia se veía hermosa, ya me había dado cuenta unos años antes de que iba a ser una chica preciosa. Me miró de una manera tan intensa cuando entró a la casa aquel día, que parecía que estuviera furiosa conmigo por algo que yo no recordaba. Al pasar, ella dejaba tras de sí un halo magnético e invisible que te envolvía y se metía por tus poros, por tu nariz, por tu boca. En nuestra niñez, solíamos jugar a la pelota o andábamos en bici, cuando se venía a quedar unos días con nosotros en el verano. Pero desde hacía menos de un año su figura se había transformado. La pubertad había cambiado la configuración de su cuerpo de repente y de manera radical y muy notoria: sus caderas se ensancharon, sus pechos crecieron, sus piernas se tornearon,

su rostro redondo proyectaba una mirada tan penetrante que inquietaba y atraía por partes iguales. Recuerdo que hace un poco más de un año todavía buscábamos saltamontes y lombrices en la acequia cercana a mi casa. Andábamos en bicicleta todo el día y nos pelábamos las rodillas cuando nos caíamos en las zanjas que había a un costado de las lomas que al año siguiente las constructoras y la municipalidad se encargarían en hacer desaparecer para levantar edificios de departamentos de muy mala calidad con paredes tan delgadas y frágiles que nadie querría habitar. Pero ahora se veía distinta con ese vestido negro y ajustado, con un avasallador escote que dejaba ver el surco entre sus pechos pálidos que serían el primer hito de mi obsesión adolescente hacia el cuerpo femenino.

—Ya pues, ayuda a tu prima —me ordena mi madre.

Con Lidia nos miramos con un poco de incomodidad. Yo voy hasta ella y tomo las bolsas.

—Anda a dejarlas a tu pieza, después las vemos —dice mi vieja.

Hago lo que me pide y Lidia me sigue. Las bolsas no pesan tanto, las deposito sobre mi cama, Lidia mira un póster de Metallica que tengo pegado en la pared.

—¿Desde cuándo que te gusta Metallica a ti? —me pregunta con cierto aire de ironía o sorna.

—Desde que me presentó la banda un compañero de curso cuando le pregunté qué escuchaba en su personal. Era One.

—¿Y qué otras bandas te gustan?

—No sé, Iron Maiden, Megadeth.

—No te veo escuchando esa música.

Lidia me mira con sus ojos celestes que parecieran ser transparentes, son preciosos. Voy hasta la cómoda, abro el primer cajón, le digo que se acerque y le muestro mi colección de casetes de bandas de heavy metal, casi todos pirateados, que un vecino me había regalado porque él se había comprado una radio con reproductor de CD, y gastaba la mitad de su sueldo en discos que conseguía en el Biobío. Lidia miró el contenido del cajón con una mezcla de indiferencia y aburrimiento. Del montón tomó una cinta, el Nevermind de Nirvana.

—¿Te gusta este grupo? No tiene nada que ver con las otras bandas.

—Lo sé, me lo prestó una amiga.

—¿Una amiga?

—Sí, una vecina.

—¿La Bárbara?

—Sí, ¿te acordai de ella?

—Todos los años me quedo una semana en el verano con ustedes, cómo no me voy a acordar.

—Este año no viniste.

Lidia saca el casete de la caja y lo coloca en el radiocasete Sony que me había vendido el mismo vecino que me había regalado aquella colección, y que había conseguido pagar con mesadas y trabajando en el club de tenis Manquehue como pelotero. Entonces Lidia coloca *play* y la cinta avanza desde el lugar donde se había detenido, a mitad de Polly. Lidia escucha y su rostro se suaviza, cierra los ojos y siente la canción. Empieza a cantarla en perfecto inglés, en ese que le enseñan

en aquel colegio de puras minas donde mi tía la metió con ayuda de conocidos y amigos, mi tía siempre conocía a alguien.

Polly wants a cracker / maybe she would like some food / she asks me to untie her / a chase would be nice for a few...

Lidia se mueve, lentamente, con la cadencia de la música, baila sola. El sol de invierno que entra por la única ventana de mi pieza le da de lleno en el rostro y este se ilumina, y pareciera que iluminara todo el lugar. Como si dios la estuviese mirando a ella, sólo a ella, nadie más existe. Su figura se recorta en el haz de luz y el movimiento de sus caderas hace de su culo redondo una gloria. Casi sin poder evitarlo, siento que mi contemplación se transforma en una erección incontenible, mi pene se aprieta en el escaso espacio que le proporciona mi ajustado jean negro. Ella parece no notar nada, se siente liviana, se ve liviana, ajena a cualquier problema. Yo no aguanto más, siento dolor, y también cómo mi ropa interior se humedece, necesito masturbarme, pero antes de entrar a mi pieza con Lidia vi a mi padre que justo se metía en el baño como cuando no quiere ver a nadie y se encierra con el diario. No aguanto, trato de contenerme, siento el roce del pantalón, me dejo caer en una silla. Lidia abre los ojos, parece que se da cuenta de mi problema porque está mirando directo hacía mi entrepierna. Y a mí me da rabia sentir calentura por ella, podría ser cualquier otra mina, pero no ella. Me levanto, voy hasta la radio, la detengo.

—Tengo más casetes —le digo, mientras busco en el cajón.

—Está bien así, me gusta esta canción —responde ella y vuelve a colocar *play*.

De pronto siento sus pechos hundiéndose en mi espalda, produciendo una presión que comparte firmeza con suavidad. Lidia me abraza, sus brazos rodean mi cintura y sus manos se entrelazan sobre mi estómago.

—Esta canción habla sobre una violación —me dice al oído— a una adolescente. Kurt Cobain la escribió cuando leyó la noticia de una chica que fue secuestrada y torturada por un tipo, fueron dos días, y ella fingió que se hacía su amiga para que no la matara, en un descuido pudo escapar y se salvó.

Mi erección se acrecienta, ella separa sus manos y la derecha la baja hasta llegar al cierre de mis jeans, toca mi pene por encima de la ropa desde abajo hacia arriba, lo aprieta un poco, yo siento un dolor muy intenso que se mezcla con un placer igual de intenso, me doy la vuelta, pero mi prima me mira y me pierdo en esos ojos que se me antojan grandes, infinitos y perturbadores. Ella suelta mi pene y luego lo frota sin dejar de mirarme. Siento su respiración cerca de mi cara. El sol se oculta tras unas nubes grandes y oscuras que amenazan con romper en una lluvia torrencial en cualquier momento. Lidia me sigue tocando y yo acaricio uno de sus pechos que se siente terso y ligero. Acercó mi boca a la suya, nuestras respiraciones se mezclan, nuestras miradas también. Ella ausculta mi rostro, con la otra mano lo

acaricia con las yemas de los dedos. Sigue cantando, y el tono de su voz, que es casi un susurro, produce un efecto en mis sentidos que es hipnótico.

Let me take a ride / don't cut yourself..

La tomo por la cintura, la acerco hacia mí, aprieto uno de sus glúteos, ella me deja de mirar y con los labios me muerde el lóbulo de la oreja izquierda. No puedo aguantar más, pero sé que nada va a pasar, nada puede pasar con mi viejo encerrado en el baño y mi tía en el living tratando de hacer que mi primo sienta algo distinto a la felicidad que debe estar sintiendo ahora por abandonar el yugo materno. Esta vez mi tía no conocía a nadie, o nadie de peso que le pudiera ayudar a sacarle el servicio a mi primo.

De pronto mi nombre, o su expresión corta que viene desde la calle: ¡LEO!, grita Bárbara desde afuera. Lidia la escucha y se separa de mí en el acto, retrocede un poco hasta llegar a la puerta, su rostro se ve confuso, se detiene un momento a mirar mi pieza, mi póster.

—También me gusta Metallica —dice antes de salir, pero me da el tiempo suficiente para poder observarla y grabar su cuerpo en mi mente, la intensidad de su mirada y el movimiento felino de sus caderas al girarse y alejarse por el pasillo que da al living. El casete sigue sonando, pero ahora en una canción que no me gusta tanto. Lo detengo. Miro por la ventana un instante antes de salir a ver qué necesita Bárbara. Efectivamente, parece que pronto va a llover.

Cuando salí a ver a Bárbara, ella se veía rara, no lloraba, pero se notaba que no quería que le preguntara nada, no lo hice.

—Necesito salir —me dijo.

—¿A dónde?

—No lo sé. ¿Puedes venir?

Lo pensé un momento, si salía mi vieja se iba a enojar porque la iba a dejar sola con todas las cosas que tenía que hacer para mi tía y mis primos, pero estaba mi viejo que la podía ayudar, aunque no sabía muy bien qué hacía en la casa a esa hora en que debería estar trabajando.

—Ya, te acompaño —le dije—, espérame, voy por mi morral.

Volví a entrar, todo seguía más o menos igual, mi primo miraba la tele sin quitarse los lentes oscuros, parecía que estaba en otro planeta y su imagen sólo fuera la representación holográfica de su cuerpo que descansaba a años luz de distancia. Lidia me seguía con la mirada, su expresión era neutra, aunque sus ojos tenían un brillo que con los años sabría traducir en emociones, esas que había dejado atrás al momento de ser lo que era ahora: una adolescente impávida y decepcionada. Mi mamá y mi tía seguían conversando, mi viejo se había sentado a la mesa mirando a mi primo cómo se acomodaba en su sillón favorito, frente a la televisión, donde veía los partidos del campeonato nacional los fines de semana. Fui rápido a mi pieza, busqué mi morral con el que iba a clases, salí y me dirigí a la calle.

—¿A dónde vai? —me preguntó mi primo.

—Tengo que hacer una tarea con una compañera.

—¿Con la Bárbara? —dijo él. Asentí.

—No, tú no vas para ningún lado —dijo mi vieja—; tenemos visitas.

—Es que la tarea es para mañana, voy a llegar temprano, no te preocupí.

—¿Y tiene que ser ahora?

—Sí.

—Ya, déjalo —intervino mi padre—, son cosas del colegio.

—Pero tiene que avisar antes —protestó mi madre.

—Disculpa, es que se me había olvidado.

—¿A qué hora vas a volver?

—Antes de las 7.

—Te quiero aquí a las 5.

—Ya.

Salí de la casa, pero antes le di una última mirada a Lidia que también me miraba directo a los ojos, sentía que su mirada me atravesaba, pero su rostro seguía inmutable y bello.

—Ya, ¿qué hacemos, entonces? —le pregunté a Bárbara.

—¿Tenís plata?

—2 lucas.

—Bien, yo también tengo 2.

Me cogió de la mano y fuimos hasta la parada, tomamos una micro que nos llevó hasta el paradero 14 de Vicuña Mackenna, después esperamos a que pasara una liebre que iba al Cajón del Maipo.

—¿Vamos al Cajón? —le pregunté. Ella asintió con la cabeza.

El viaje fue lento y algo accidentado debido a lo sinuoso del camino y a los trabajos que se estaban realizando con motivo de la construcción de la nueva línea del metro, la 5, que iba a comunicar al centro de Santiago con la zona sur.

—¿Te pasa algo? —le pregunté a Bárbara. Ella me miró, pero no respondió.

La cordillera estaba nevada por el último frente de mal tiempo, parecía una postal. Hacía frío, pero el aire se sentía limpio, daban ganas de respirarlo profundamente. Bárbara andaba con una parka azul gigante, unos jeans gastados y unas zapatillas de lona negra, yo había salido con un polerón muy ligero y unas zapatillas Power, la de mi pie derecho estaba rota en la punta. El frío ese día calaba los huesos. Entonces Bárbara apoya su cabeza en mi hombro y mira hacia afuera, al paisaje gélido que nos ofrece el intrincado camino hacia la precordillera. Por el reflejo del cristal puedo ver su cara, sus grandes ojos café, su rostro pecoso y su expresión triste. Bárbara no tiene los mismos atributos físicos que Lidia, pero su cuerpo es armonioso y agradable: es baja, de pechos pequeños y pelo castaño, rizado; su rostro es precioso, redondo y pálido con unos hoyuelos en las mejillas que se le forman cuando sonrío. Con Bárbara vamos a la misma escuela, somos vecinos y nos ubicábamos más o menos, pero sólo en el último tiempo empezamos a cultivar una relación más estrecha, yo creo que debido a que ninguno de los dos tiene más de dos o tres amigos, pertenecemos a ese grupo de personas que no pertenecen a ningún grupo, sólo nos unía la música. Un día me vio dibujando la carátula del In Utero en el patio del liceo, y desde ahí nos hicimos “los

mejores amigos” del colegio, aunque resulta evidente que yo soñaba con ser algo más que una persona con quien compartía alguna que otra afinidad intelectual y emocional.

Llegamos a un lugar donde la nieve todavía se veía bastante maciza. La cordillera se alzaba imponente y muy cercana. Comenzamos a caminar, queríamos llegar a la cima de una loma, pero lo complicado del camino y la nieve nos lo impidió, descubrimos un sendero que subía bordeando una quebrada. De tanto en tanto nos topábamos con bancos de niebla fugases, la lánguida figura de Bárbara aparecía y desaparecía entre los vapores fríos de la montaña que se empezaba a elevar frente a nosotros. Calibramos la idea de llegar lo más arriba posible, pero unos pasos más adelante la desecharon por lo absurdo de tal empresa, además, andábamos con ropa que no permitía que llegáramos muy lejos, de hecho, el lugar en el que estábamos ya de por sí era peligroso para dos pendejos despistados como nosotros. En lugar de seguir más arriba decidimos caminar hacia un puente metálico que se divisaba no muy lejos de nuestra ubicación. Bordeamos la montaña hasta encontrar unos viejos rieles oxidados, los seguimos; la estructura se veía cercana, pero nos tomó mucho tiempo en llegar hasta ella, para mí fueron horas, pero lo cierto es que nos debimos demorar como 20 minutos a lo sumo. Estaba cansado, tenía una mezcla rara de calor por el esfuerzo y frío por el aire gélido que nos rodeaba. Pero al llegar hasta el viejo puente, me di cuenta de que había valido la pena, desde allí se lograba ver el valle que habíamos dejado atrás en todo su esplendor, era una vista preciosa, había zonas extensas de nieve por aquí y por allá, abajo se podían

ver personas que también estaban haciendo excursiones improvisadas como la nuestra: familias preparando un asado o simplemente paseando. Bárbara se veía entera, jadeaba un poco, tenía las mejillas rojas, pero parecía no sentir el mismo cansancio que yo, de hecho, se veía hasta radiante, como si su cuerpo produjera luz y calor al mismo tiempo.

—¡Qué bacán se ve! —dije inclinándome y apoyando mis manos en las rodillas.

—Sí, la raja —concordó ella.

Luego nos sentamos en el borde del puente a mirar el paisaje predominantemente blanco que había a nuestros pies. El suelo estaba mojado, pero no me importó, me sentía bien estando así, solo con ella, compartiendo esa vista. Entonces abro el morral y saco un bloc y un lápiz mina desde su interior. Comienzo a dibujarla, Bárbara no se da cuenta porque está absorta en el paisaje, como si a lo lejos, en las montañas del horizonte, hubiera algo escrito que sólo ella puede ver. De pronto se da vuelta y me mira.

—¿Qué está haciendo? —pregunta.

—Te dibujo.

—No quiero.

—No me importa.

Hice un boceto rápido —demasiado—, casi no se parecía a ella, su perfil era el de una mujer radicalmente distinta, una mujer mayor y triste, con una pena vieja, antiquísima, como suelen verse todas las penas y tristezas, pensé.

—¿Por qué estás triste? —le pregunté.

—Por nada, ya no importa.

Bárbara no sabía que todo lo que le pasaba me importaba, cualquier cosa que pudiera ocurrirle era para mí algo trascendente; mi mundo giraba en torno a su estado de ánimo, a su sonrisa.

De pronto ella se pone de pie, se planta en el borde del puente, el aire frío la mece hacía el abismo.

—Ten cuidado —le advierto.

Bárbara me mira, luego hacia abajo, a la cuenca bajo nosotros. Abre los brazos, su expresión es serena, pero yo contengo la respiración y me paralizó, su castaño pelo ondulado baila tras su espalda y su parka pareciera flotar. Entonces veo las marcas, son cuatro tras el pabellón de su oreja izquierda, son redondas y rojas, y parecen quemaduras de cigarro. De pronto recuerdo la explicación de la letra de Nirvana que me dio Lidia hace unas horas. El viento se arremolina y Bárbara se tambalea.

—Ya poh, córtala —consigo decir sin soltar el miedo que me produce todo ahora, todo me aterra.

Ella respira hondo, su pecho se expande, y siento que todo ser vivo en este planeta, toda célula, partícula o átomo dependen de las inspiraciones de Bárbara, del siguiente paso que ella dé.

—Leo, no sabes cuánto te quiero —me dice de pronto, mientras se aleja del borde, se vuelve a sentar y mira hacia el vacío que se extiende hasta donde nuestros ojos nos permiten ver.

No sé qué decir, o sea sí, sí sé, pero no puedo explayarme con naturalidad. Entonces guardo silencio, me acerco a ella y le tomo la mano que tiene apoyada en el suelo, luego paso

mi brazo por su espalda y la rodeo y la acerco hacia mí, la estrecho y le doy un beso en el pelo, ella no deja de mirar hacia adelante, hacia el valle, hacia el sol que está próximo a ponerse. Tengo la sensación de que no existe nada en el mundo que nos pueda hacer daño, nadie nos puede alcanzar y nadie jamás nos podrá encontrar en ese lugar, en ese puente viejo y herrumbroso que pareciera que está a punto de caerse a pedazos, pero que tiene el aspecto de haber aguantado los últimos 100 o 200 años sin ningún problema. Bárbara gira lentamente su cabeza y me mira, me acomoda el pelo que cae sobre mi frente, después me besa en la boca, es un beso suave, tímido y tierno; sus labios están fríos, ella tiritita, yo cierro los ojos y siento que todo se vuelve blanco. Es entonces que empieza a llover.

Cuando llegué a casa, mi tía y mis primos ya se habían ido, eran cerca de las 9 de la noche, no era tan tarde, pero sabía que mi vieja me iba a retar. Sin embargo, cuando entré al comedor y vi a mis padres sentados a la mesa comiendo y mirando la tele, me di cuenta de que algo no andaba bien. Mi viejo tenía media botella de vino junto a su plato, sabía que se había tomado la mitad del contenido, también sabía que esa botella no era la primera y que estaba borracho, y que, probablemente, esa fuese la razón por la que mi tía se había ido tan rápido, ya que suele quedarse hasta alrededor de las 11 o 12 de la noche. Mi madre no me dijo nada, fue hasta la cocina, luego volvió con un plato que depositó en la mesa. Me senté y comí en silencio, los tres estábamos callados, sólo la tele interrumpía el estado de las cosas en el comedor.

No sabía que esa iba a ser nuestra última comida juntos, nuestra última cena, al día siguiente mi viejo se mandaría a cambiar, y no volveríamos a saber de él en bastante tiempo. Se acabarían esos escasos momentos familiares como la cena o los desayunos apurados antes de que todos saliéramos a nuestros respectivos destinos; ya no me volverían a servir la comida y en muchas ocasiones tendría que improvisar algo parecido a un almuerzo. Si hubiese sabido que esa iba a ser nuestra última vez juntos, no sé si hubiera dicho o hecho algo para que las cosas fuesen distintas. Yo era un pendejo que no sabía hacer ni decir nada. Mientras tanto, mi viejo seguía ausente y mi vieja con la cara larga. Es entonces que llega el extra, la noticia por TVN: Raimundo Tupper, el volante de la Cato, se había suicidado arrojándose desde el noveno piso de un hotel en Costa Rica, había muerto instantáneamente a los 26 años. Por alguna razón los tres nos quedamos mudos, sobrecogidos por la noticia. Ni mi papá ni yo éramos fanáticos de la Católica, de hecho, yo me hice fan de la U cuando vi por primera vez jugar al Matador Salas con toda su magia en contra de Everton, fue una goleada donde él metió una zurda imparable desde fuera del área describiendo una curva que se alejaba de las manos de Marco Cornez, para mí era lo máximo. Pasaron unos minutos más en que sólo mirábamos la pantalla que nos entregaba datos y más datos sobre las posibles razones del suicidio de Tupper.

—Qué era joven —dijo mi mamá de pronto.

—Sí, lo era —ratifiqué yo.

De repente mi padre se larga a llorar, como un niño, se pone de pie y se va al dormitorio, y no vuelve a salir. Sería la primera y última vez que lo vería llorar de esa forma.

El último amanecer

El hombre se dejó caer en el asiento del mirador, ese desde el cual se podía dominar una porción extensa de la capital. El cielo estaba despejado, por ende, la noche estrellada se podía apreciar de manera clara a simple vista, la contaminación lumínica no era tan intensa desde el cerro. Aquel sector, con los años, había adquirido una mayor plusvalía debido a la construcción de la nueva línea del metro, de un hospital y una comisaría. Entonces, el paño urbano constituido por pequeñas casas y mediaguas había sufrido una notable transformación con la llegada de constructoras, grúas y obreros. La vorágine inmobiliaria depredaba sin miramientos esa postergada comuna periférica de Santiago. El mismo cerro había sido remozado con el fin de dar a los nuevos vecinos una zona de esparcimiento. El hombre recordaba como lucía antes aquel lugar, en su niñez, cuando el cerro era un peladero seco y muerto, esos suelos donde se alzaban aquellos modernos adioses de 30 pisos eran tierraes o vertederos ilegales. A la memoria del hombre venían recuerdos de cuando era chico y jugaba allí con sus amigos del barrio o con compañeros del colegio. El sol pegando fuerte, y los días de su niñez que eran interminables. Pasaba las tardes haciendo expediciones hacia la cima donde los vagos del sector encendían fogatas o realizaban rituales seudosatánicos con animales pequeños. Toda su vida ha asociado ese cerro con

prácticas salvajes y oscuras, pero en la actualidad resultaba ser un apacible parque municipal, que pronto pasaría a la supervisión de un ente estatal mayor. Todo ese esplendor se debía a los trabajos de mitigación y embellecimiento de la zona por parte de las firmas inmobiliarias con el beneplácito de la municipalidad, que también esperaba obtener réditos por patentes y permisos, y por los futuros polos comerciales que, de seguro, se iban a establecer en el sector.

El hombre miraba las luces de Santiago y las ventanas de los edificios cercanos, a los pies del cerro se alzaba uno, en el balcón de un departamento logró divisar a una mujer que fumaba mirándolo a él, o al cerro, no lo sabía. Desde dentro se escuchaba un jolgorio de risas y voces que entonaban al unísono una canción romántica vieja: ¡Si fuiste lo que fuiste fue en mi casa! ¡Que para ti fue tu palacio y tu guarida! ¡Amiga, amiga! Entonces se le vino a la cabeza el recuerdo de Bárbara, con quien recorriera ese mismo lugar en otro tiempo, cuando los dos eran adolescentes y la vida comenzaba a abrirse a nuevos mundos, a nueva gente y, por lo tanto, a nuevas penas. Hacían paseos interminables en bicicleta a las lomas que había a un costado de Gabriela y largos viajes hasta el centro de Santiago, al cerro San Cristóbal o al Santa lucía; todas estas actividades eran habituales en la rutina que compartían a diario en el periodo de vacaciones.

Persistía en su memoria aquel sombrío día en el que descubrieron a una pareja teniendo sexo en la explanada cercana a una pequeña quebrada que había en el sector poniente del cerro; él desnudo tras la mujer que era embestida por las arremetidas que descargaba el tipo con violencia. Le daba

golpes, le tiraba del pelo. Las ropas del hombre a un lado en el suelo, las de ella a medio quitar sobre su cuerpo. El tipo actuaba con brusquedad, la mujer aceptaba imperturbable cada empujón, cada bofetada en las nalgas. Bárbara miraba todo con incredulidad.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bárbara de pronto.

—No sé, ¿tenemos que hacer algo?

—La está violando.

—No creo, parece que son pololos.

—¿Cómo pololos, hueón? ¿No está viendo?

—Sí, estoy viendo, los pololos se tratan así a veces.

—Está abusando de ella, ¿cómo no cachai?

—Pero ella estaría gritando o llorando o resistiéndose, no sé.

—Si la tiene amenazada, no poh.

—Mejor nos vamos.

—Espera.

Bárbara mira un instante más, sus ojos brillan, pero su rostro se ensombrece. Él hace el ademán de levantarse para irse, pero al ver que Bárbara no lo sigue, se queda en el mismo lugar tras los matorrales donde ambos se ocultan.

Estuvieron así mucho rato, mirando lo que sucedía en la explanada que era uno de los pocos lugares que tenía algo de pasto y unos cuantos árboles. Cuando el hombre terminó y sacó su erecto pene palpitante desde el interior de la mujer, este la levantó del suelo y comenzó a abofetearla en la cara hasta hacerla caer al suelo nuevamente. La mujer no se resistió, se tendió sobre el pasto con la mirada fija en el cielo crepuscular de aquella tarde. Es entonces que Bárbara

grita, y grita fuerte, con todo el aire que colma sus pulmones. El tipo se da vuelta, mira en la dirección donde ellos se esconden. La mujer se incorpora. Bárbara vuelve a gritar. El hombre vuelve a mirar hacia los matorrales que se ven en lo alto de la pendiente que desemboca en la explanada. La mujer se acomoda la ropa y se intenta ocultar detrás del hombre.

—¿Viste? Te dije que eran pololos.

Pero Bárbara no escucha, grita, y vuelve a hacerlo una vez más, y sus ojos se llenan de lágrimas.

—¡Cabros culiaos, ya los vi!

Entonces, él la toma del brazo y hace que se levante, corren hasta sus bicis y huyen cerro abajo, sin detenerse; pedalean rápido hasta llegar a la casa del chico. Su madre los sorprende irrumpiendo en el living con prisa, pero no les dice nada. La tele está encendida. En las noticias se puede ver el ataque a Bagdad, las imágenes son nocturnas, pero se logra distinguir a las trazadoras surcando la noche, luego el fuego y el humo, y el silencio posterior que acompaña a la muerte.

Bárbara llora, la madre de él se da cuenta, lo mira feo pensando que tiene algo que ver. Le da un vaso de agua a la muchacha.

—Ya, tranquila, ¿qué te hizo este otro? —le pregunta apuntando al muchacho.

—Nada, tía, nada. Lo que pasa es que nos querían asaltar —miente Bárbara.

—¿Dónde?

—Cerca del cerro —responde el chico, mientras Bárbara se calma y mira la tele, se queda absorta con la imagen de la destrucción de una ciudad con construcciones milenarias que está al otro lado del mundo, y piensa en la gente que no alcanzó ni siquiera a darse cuenta de que esa noche iba a morir.

El hombre nunca le preguntó el motivo de su llanto a Bárbara, abandonó todo ese episodio al tácito silencio que se estableció entre ambos en los años venideros, ninguno tocaba el tema, pero el hombre intuía que algo oscuro había sucedido en la vida de Bárbara en ese entonces, y que nada tenía que ver con aquella tarde en el cerro hace tantos años atrás, o quizás sí.

No volverían a pisar ese lugar sino varios años después, cuando fuera inaugurado como parque, con áreas verdes y árboles que hacían inverosímil su inerte pasado.

Cuando el colegio terminó, Bárbara se fue un par de años a España a vivir junto a su madre, que aún seguía allí a pesar de la reciente democracia que había recuperado el país. Le encantaba Barcelona, pero ya había decidido volver, por alguna extraña razón echaba de menos Chile, el Chile de los 90, aquel país pobre lleno de promesas que nunca se iban a cumplir. Al volver, dio la P.A.A., le fue bien, entró a periodismo en la Chile, arrendó una pieza con una amiga de la universidad, y por las tardes trabajaba como cajera en el café Haití de Huérfanos. Su padre había desaparecido hacía tiempo sumido en el trago, algunos lo habían visto merodear las faldas del cerro con los vagabundos de siempre, pero a

Bárbara no le importó, ya nada de él le importaba; nunca más lo vería.

La muchacha había establecido una relación con el chico, como si ese acto fuera una consecuencia natural a los años separados.

Solían ir al cerro a besarse en la misma banca donde ahora estaba sentado el hombre contemplando los primeros rayos que se asomaban por la cordillera. Debe ser una hora cercana al amanecer. Las pocas nubes que se desplazan lentas por el manto nocturno adquieren una tonalidad rosácea. Pero todavía hay noche, y todavía se alcanzan a ver las sempiternas constelaciones, estrellas a punto de estallar, mundos invisibles al ojo humano. El hombre añora el cuerpo desnudo de Bárbara, la Bárbara de hace más de una década atrás, el cuerpo de una mujer que todavía no es mujer, que está más cerca de esa amiga de su adolescencia, con la que veía al Detective Conan en la tele, o los capítulos repetidos de Los caballeros del zodiaco en El club de los tigritos unos años antes. Y muchos recuerdos más colman su afiebrada mente de forma intempestiva.

Y el canto de los zorzales, las aves inquietas en los árboles se comunican en un lenguaje oscuro e incomprensible para él, pero al oírlas se siente tranquilo.

En el balcón del departamento ya no está la mujer, desde dentro se siguen escuchando coros de viejas canciones de artistas caducos. El sol se empieza a alzar lentamente por sobre la cordillera, las luces de la ciudad son absorbidas por el nuevo día que aclara un poco las cosas en el cerro. Se mira el costado, sangra profusamente, ve el rastro de sangre que

ha dejado la herida en el suelo. Pero ya no siente dolor, ya ni siquiera siente su cuerpo, sólo la brisa fría que acompaña los últimos amaneceres de ese invierno gélido y poco lluvioso. Cierra los ojos y espera.

Desde la oscuridad que producen los árboles a su espalda, aparece una sombra, es otro hombre, no en mejores condiciones que él, pero este tipo está armado con un cuchillo enorme. Cojea de una pierna, sangra de un oído y las manos le tiritan sin saber muy bien si es debido al frío de la mañana o a la impronta del momento. Ve al hombre con los ojos cerrados, los brazos colgando hacia los lados, muertos, inservibles. Sangra por debajo de las costillas y por la espalda, la camisa está enrojecida completamente. El hombre despierta, cruza su mirada con la de su perseguidor, sabe que ya no puede huir, el miedo le invade, pero su rostro se queda inmóvil, pétreo, ni siquiera una expresión de horror puede articular. El tipo del cuchillo entiende, esboza algo parecido a una sonrisa y se sienta al lado del hombre, ambos contemplan el amanecer que se extiende por sobre Santiago. El tipo reflexiona un instante antes de hablar, al igual que el hombre siente la brisa fría en el rostro y el vaho saliendo por su boca:

—Esto no es un acto de justicia... y yo no tengo nada que ver con nada ni con nadie. Esto es sólo lo que es no más, hueón... ¡Y te jodiste!

El tipo levanta el cuchillo y lo clava en el pecho del hombre, sólo una vez, le mira a los ojos. El rostro pétreo esta vez se retuerce en una mueca de espanto, y el dolor es coronado por un alarido ahogado por el tipo que pone su mano sobre la boca del hombre mientras saca el cuchillo y lo limpia en

las perneras del pantalón de su víctima. Luego, cuando está seguro de que no va a gritar, retira la mano de su boca y espera junto a él el nuevo día. El hombre se abandona a su suerte, mira el cielo que se llena de nubes delgadas que se esparcen hacia el sur por el viento, son nubes preciosas de formas intrincadas y su color ahora es anaranjado, se desperdigan en lo alto como si un pincel invisible las hubiera dibujado sobre el telón pálido del firmamento. Y un pensamiento fugaz cruza su mente: el rostro de Bárbara llorando en el cerro aquella tarde, cuando ambos eran chicos.

Y el sol se queda suspendido entre medio de las nubes, pero más allá del sol sólo hay oscuridad y vacío.

El río

El tipo había salido a la calle, no quedaba mucho más por hacer que caminar y perderse por Santiago. La tarde era hermosa, el crepúsculo ofrecía un tono anaranjado a las nubes que se desplazaban lentas por el cielo a esa hora postrera, en esos días postreros de marzo, en los que todo ya se había puesto en marcha hacía un buen rato. Pero él tenía, por el contrario, la rara sensación de que todo estaba recién empezando, como cuando iba a la escuela y las clases se iniciaban el 5 de marzo.

Se dirigió hacia ese puente redondo que cruza el Mapocho, el agua turbia brillaba devolviendo destellos que a veces cegaban al que los contemplara. El tipo miró su celular, era cerca de las ocho de la noche. El sol estaba a punto de esconderse tras el horizonte. No había ninguna llamada perdida, ningún mensaje, nada.

El tipo creía que todo tenía un tiempo en el que las cosas se pueden desarrollar de manera natural, pero él ya estaba muy alejado de ese tiempo. Ella le había dado una última oportunidad, la última chance para arreglar un poco el peso de aquellos años de desidia que habían vivido juntos, años que parecían bordear la deriva. Pero él dejó que las cosas siguieran su derrotero sin hacer mucho. No se sorprendió al ver la casa vacía cuando regresó de Puerto Montt después de resolver un asunto relacionado con su hijo y la escuela,

tampoco le sorprendió no encontrar ningún mensaje explicando el abandono.

No la buscó de inmediato pensando que esa situación sería similar a las rabietas anteriores. Esperó. Iba al trabajo, comía en la fuente de soda que había abajo, en la placa comercial del edificio. Lavaba su ropa cuando podía y no perdía el tiempo en hacer la limpieza o regar las pocas plantas que ella tenía en los maceteros amontonados en el breve balcón del departamento que compartían. Todo cambió después de una semana, en ese instante entendió que la mujer no iba a volver. Buscó en internet, todas sus cuentas de redes sociales estaban desactivadas. Llamó a su cuñada.

—Ella no te quiere ver, no sé dónde se encuentra, pero todos los días me llama y me asegura que está bien. Que si tú preguntas, que no te asustes, que ella está tranquila con la Boba.

Entonces, desde ese día, el tipo llama a la mujer a diario recibiendo la misma respuesta: que ella y su gata están a salvo en alguna parte, que no sabe nada más. Deja de insistir después de un par de semanas. Piensa en hacer una denuncia en Carabineros por abandono de hogar, pero después de meditarlo mejor se da cuenta de que eso de poco serviría. La mujer se ha ido para siempre. Puede que haya abrigado la posibilidad de huir después del último desencuentro que tuvieron, que no había sido una pelea propiamente tal, desde hacía tiempo que las cosas entre ambos habían dejado de tener el espesor necesario como para llamar pelea a ese escuálido intercambio de palabras. Él se había dado cuenta de esta situación en el momento en que ella había llevado a la

Boba al departamento sin consultarle, y él se había enojado porque era alérgico y no había autorización de la administración para tener mascotas.

—Me debiste preguntar primero —le reprochó.

—Siempre es lo mismo, ¿por qué te tengo que preguntar todo?

—Porque vivimos juntos, y, además, soy alérgico.

—¿A los gatos?

—No, a su caspa.

—¿Me estái hueveando?

—No, eso me dijo la otorrino hace años.

Ella mira a la gata que es completamente blanca, como un puñado de nieve tendida sobre el sofá. La mujer se entristece. El tipo se da cuenta.

—Bueno, se la llevaré a mi hermana, ella la va a poder cuidar por un tiempo —dice la mujer tocándole el lomo, la gata se ovilla y se cubre el rostro con sus esponjosas patitas como si sintiera vergüenza.

El tipo cambia de opinión, piensa que lo mejor es ceder.

—Ok, que se quede —le dice a la mujer haciendo una mueca con los labios hacia el animal—, pero si me enfermo tendrás que cuidarme de una manera especial, como a mí me gusta.

La mujer lo mira con una expresión semejante a la lástima o la vergüenza ajena. No contesta al burdo intento de broma del tipo y se mete al baño. La gata se retuerce sobre el sillón como si un gran placer la embargara. Y él se queda largos minutos contemplándola, deseando ser ella, porque de pronto se instala en su cuerpo un cansancio enorme,

sobre sus hombros le pesa la antigua sensación que produce la culpa y el error. Afuera, el día estaba soleado y lo único que quería hacer en ese instante era caminar por Santiago, llegar hasta el centro, luego hasta Matucana y más allá.

No se había dado cuenta, pero a su lado había otro hombre concentrado en el río, un negro flaco, de pelo corto, con brazos gruesos y mirada melancólica. Un haitiano. Él miraba la ciudad crepuscular y se preguntaba por qué Santiago siempre tenía esa opacidad que se extendía más allá de las nubes de esmog que cubrían la capital en los meses fríos. Era como si a esa porción de tierra le llegara una luz distinta a la de su país, donde, a pesar de todo, siempre el sol brillaba e iluminaba y calentaba, pero aquí no era así, ya que la misma luz sólo era algo mayor a una fría penumbra que producía la sensación de rondar siempre una hora cercana al atardecer. El tipo se le acerca, le hace un ademán con la cabeza a modo de saludo, el haitiano inclina la suya respondiendo el gesto.

—Sabí, este río antes tenía dos brazos... en tiempos precolombinos... uno de ellos se movía por la Alameda... es por eso que cuando llueve harto esto se desborda y caen los autos adentro —dice el tipo sin que el haitiano le pueda entender bien, debido a su manera de hablar tan errática y a la entonación aguda que utiliza, y que está muy lejos del español más o menos estándar que aprendió malamente el haitiano en las clases de agrupaciones de acogida organizadas por sus compatriotas en distintas sedes sociales de Santiago.

El haitiano asiente entendiendo que el tipo le está comentando algo sobre el río por los gestos que hace hacia el hilo de agua que se desplaza bajo el puente. Piensa que

le puede estar hablando sobre los dorados destellos que se multiplican en la corriente.

—Antes el Mapocho era torrencioso, la gente le tenía miedo... y éste se cobraba las afrentas del hombre al modificar su deriva... ¿Tú cachai que el río un día se las va a cobrar todas juntas, no de a poco como ahora? —dice el tipo mirando cómo el sol se sumerge tras la cordillera de la costa regalando los últimos rayos que se dispersan rápidos por la superficie del agua y luego desaparecen.

El haitiano observa al hombre haciendo gestos rápidos hacia el cauce del Mapocho; el tipo es más bien bajo, de torso grueso —pero no es gordo— el pelo hirsuto con cejas también hirsutas y manos grandes; viste zapatillas de lona, jeans azules rotos en las rodillas, y una polera negra que dice Metallica con letras rojas en el pecho. Le cae bien este hombre, a pesar de que sólo logra entender 4 de cada 10 palabras de su discurso apresurado; siente que no le está diciendo nada sobre el color de su piel o por ser extranjero como suelen enrostrarle a veces en la calle o en los pocos lugares donde ha conseguido empleo, y todos malos empleos. Recuerda que en su tierra por lo menos tenía el respeto de los niños en el salón de clases, siempre había problemas de infraestructura o por la ausencia escolar que era alta, pero cuando las condiciones mínimas se reunían, todo funcionaba más o menos bien, a pesar de las falencias. Ahora tenía que desarrollar un trabajo que nunca había hecho antes: acarrear ladrillos, tierra y cemento, y tenía claro que esa misma labor se la pagaban mejor a un chileno.

—Se fue por lo de la gata —dice el tipo de pronto, y su rostro se ensombrece—, yo le dije que se podía quedar, si hasta me gustaba un poco el animal... Yo igual tomo remedios para la alergia... En la primavera es peor, pero yo soy alérgico todo el año, no paro de sonarme, me sangra la nariz, ahora mismo siento que me pica... Yo soy una persona a la que respirar le duele, que abrir los ojos le molesta.

El haitiano asiente a todo con la cabeza, pero no interviene, tampoco sabría qué decir. El tipo gesticula mucho al hablar, mueve las manos como si estuviese controlando los hilos de alguna marioneta invisible. De pronto se tranquiliza. Se apoya en la baranda del puente. El sol se ha ocultado completamente. De a poco, en el cielo se empiezan a ver estrellas y constelaciones. Cerca de la Luna está Venus, ambos astros casi forman el símbolo del islam que está plasmado en la bandera de Turquía. El haitiano siempre ha querido ver esa conjunción exacta, pero nunca lo ha conseguido.

El tipo reflexiona, mira al haitiano que lo escucha atento. Parece un buen chato, piensa. Las luminarias de la ciudad se empiezan a encender, pero el cielo todavía está claro, todavía hay suficiente luz como para ver perfectamente el rostro del hombre a su lado, o de la señora que pasa detrás de ellos paseando a un perro ínfimo, o del señor de traje que tiene un semblante serio y que parece estar pensando en alguna solución para algún problema que inunda su mente. El tipo saca del bolsillo el celular, busca una foto de su mujer, hay una preciosa en la que la gata se le ha subido al hombro.

—Ella es mi señora —le dice al haitiano. Este se acerca y mira a una mujer simpática y risueña, de pelo negro, largo

y liso, y una insistente palidez que pareciera ocultar alguna patología o un encierro prolongado.

El tipo contempla la imagen rectangular que le ofrece el celular. El haitiano comprende que toda la conversación, o el monólogo del hombre, es sobre esa hermosa mujer y no sobre el río, o es sobre ambas cosas quizás. También entiende que ella es su esposa o su amante, y que el tipo está despedido por haberla perdido. Vuelve a asentir con la cabeza y se pregunta qué tipo de conflicto habrá existido entre ambos, y qué cosas pasan por la mente del hombre como para que esté hablando sobre algo tan personal con un desconocido y no con un amigo o un familiar.

—Sé que ella pensaba que la ponía en segundo lugar —continúa el tipo—, creía que para mí sólo era importante mi hijo... y cómo no lo va a ser, si ya empezó a ir al colegio... Le compré ropa, zapatos... El otro día fui a verlo a Puerto Montt, y con su madre le pusimos el uniforme, se veía tan bonito, tan grande... Mira, te voy a mostrar una foto.

El tipo busca de nuevo en el celular y encuentra la foto del niño que sonríe con una expresión luminosa, tenía una cotona café y le faltaba un diente. El haitiano lo mira y se da cuenta de que es muy parecido al hombre, ambos tienen la misma expresión impávida en los ojos. Entonces piensa en su propia familia, en su mujer y en su hijo, y una oscura tristeza lo embarga, le roe el alma; también recuerda el terremoto, la escuela en ruinas, sus padres desaparecidos. Su rostro se llena de pena. El tipo se da cuenta. Le pone las manos sobre los hombros como para hacerle sentir que las cosas no están

tan mal, pero después de un par de segundos de silencio sigue con sus ideas inconexas.

—Sabí, yo te entiendo, a mí también me hueveaban de chico, simplemente por ser yo, por el apellido, me decían huenculeo, huechuequeo, hueónnuqueo... Mi apellido es Huenuqueo: “la piedra que cae del cielo” ... por lo menos tiene un significado. Ninguna de estas mierdas sabe qué chucha quiere decir su cagá de nombre o su apellido... Nunca me he sentido muy chileno la verdad... Después de salir de la media me olvidé de la vergüenza que pudiera haber sentido de pendejo por ser mapuche...

El tipo se separa del haitiano un par de pasos y se vuelve a apoyar en la baranda del puente.

—Tú sabí que los mapuches fueron los únicos considerados una nación por el imperio español, no lo fueron ni los incas ni los aztecas... Aquí la gente se olvida de eso, o no le da importancia... Aquí nos matan, compadre. Desde la colonia hasta ahora, y fue peor cuando el chileno empezó a hacer sus putas pacificaciones... Todavía nos están tratando de pacificar, y mírame, aquí estoy...

El tipo de pronto se pone a llorar con varios espasmos, con hipo y mocos. El haitiano lo mira desconcertado, no por el hecho de ver a un hombre llorando, sino porque es la primera vez, desde que llegó a ese frío país, que ve a uno de sus habitantes llorar así, de la nada. Piensa en la mujer de la foto, perderla debe ser duro; piensa en su mujer, en lo que daría por sentir su piel tersa, suave y brillante, y mirar esos ojos negros, y acariciar ese pelo infinito como la noche.

—Tranquilo... —le dice el haitiano en un mal modulado español—. Todo bien... todo bien...

Se acerca al tipo y también posa sus manos en sus hombros. Pero el hombre continúa llorando. Con suavidad retira las manos del haitiano y se limpia las lágrimas. Ya ha oscurecido por completo y de pronto se ha levantado una ventolera fría que esparce a su paso hojas marchitas, es como si de repente hubiese llegado el otoño sin ningún tipo de transición. El tipo mira melancólico el río.

—Este río ha sido la tumba de la gente más desdichada de este país casi desde el mismo momento en que el hombre se asentó aquí; el río a veces entregaba algunos cuerpos, a veces no.

Entonces el tipo se da la vuelta, se encarama en la baranda y hace el intento de arrojarse al agua y a las piedras. El haitiano reacciona y toma al tipo por la cintura, ofrece más resistencia de lo que esperaba, pero logra doblarlo y arrojarlo a la vereda donde se da un empujón fuerte en el hombro derecho, los pocos transeúntes miran todo casi con total indiferencia, como si lo que acaba de ocurrir fuera algo recurrente y ordinario. El tipo se zafa de los brazos del haitiano, se pone de pie, lo mira un segundo, le sonrío y después se larga sin decir nada. El haitiano se levanta, se sacude las perneras del jean y mira la espalda del tipo que pronto se vuelve una sombra que es absorbida por la oscuridad del parque que flanquea el río. Mira el cielo nocturno, Venus parece no querer acercarse más a la Luna, otra oportunidad perdida. El haitiano se soba un brazo, de pronto se siente

mareado, se sujeta de la baranda del puente, mira el río y espera, no sabe qué, sólo espera.

Última sonrisa

Y la rutina no variaba demasiado día tras día. Algunas enfermeras cambiaban de turno con compañeras o hacían turnos largos de 24 horas, con las técnicas pasaba algo similar. Eran muy pocos los hombres que desarrollaban el trabajo de enfermería o de Tens, pero esos pocos solían ser simpáticos y silenciosos. En la cara se les notaba el cansancio, las horas ininterrumpidas de ajetreo, asistiendo a pacientes con distintos niveles de gravedad, y, por lo tanto, con distintos niveles de complejidad en su cuidado. Yo llegaba en el horario de visita y me quedaba hasta las 8 o 9 de la noche, a veces hasta más tarde o hasta que me echaran. Yo era el tutor que acompañaba a mi madre; por cada paciente en esa ala del hospital podía haber una persona que le acompañara y colaborara con las necesidades propias del enfermo: ayudarle a comer, a sentarse, a caminar si podía, etcétera. Mi madre había sufrido una complicación en su deteriorado estado de salud, lo que le provocó un infarto al miocardio, y el cual redundó en un infarto cerebral que la mantenía postrada en esa fría cama de hospital público. Por esa razón, era muy poco lo que podía hacer por ella, literalmente; el doctor Villanueva me había dicho que era cosa de tiempo, que su corazón funcionaba sólo a un 15%, lo normal era entre un 65% y un 70%, incluso podía vivir, con algunas limitaciones, con un 25%, pero no con la capacidad que presentaba mi madre.

—No hay mucho que se pueda hacer —había dicho el doctor Villanueva.

Él era el único que parecía estar interesado de manera genuina por el bienestar de los pacientes y sus familiares, explicaba todas las veces que fuese necesario si alguien no entendía su diagnóstico, yo creo que su juventud le daba ese brío para responder tantas preguntas que la gente y enfermos le hacían; otros médicos con suerte te miraban. Mi madre dormía todo el día, por lo tanto, yo tenía muchas horas muertas que utilizaba para la lectura o para mirar los mensajes de apoyo en Facebook y Twitter de colegas o amigos con los cuales había perdido el contacto hacía varios años ya, y que se habían enterado del ataque al corazón de mi madre. También parientes lejanos y desconocidos por mí me contaban experiencias arcaicas que habían vivido con mi madre, casi todas en una juventud remota y perdida entre las playas de Navidad y Matanza. El doctor dijo que podía tener ciertos arrebatos de delirio por la falta de irrigación sanguínea en el cerebro; era verdad, y eran más habituales de lo que esperaba. Cuando despertaba, miraba al techo o una pared y descubría algo nuevo e invisible para el resto de nosotros, visiones que para ella eran imposibles de describir con claridad. Cuando estaba lúcida, podíamos hablar —con ciertas dificultades— casi de los mismos temas que solíamos comentar a diario: el caso Caval, el temporal en el norte con el aluvión posterior, la comida para gato que no podía faltar. Aparte de mi madre había 5 pacientes más, todas mujeres, por eso cuando alguna técnico tenía que asearlas yo debía salir, a veces pasaban horas antes de que una técnico termi-

nara de atenderlas a todas. Trataba de entretenerme con el celular en la sala de espera, pero quién podría hacerlo en un lugar así, tan opaco y triste como lo es el viejo hospital San Juan de Dios.

Un día llegué como de costumbre a la hora de visita para acompañar a mi madre, pero cuando fui hasta su cama, había una técnico que la retaba por haber ensuciado el pañal y no haberle avisado. Mi madre no podía articular muchas palabras, pocas frases completas se le entendían, tampoco se podía alimentar por sí sola y menos coger el botón de emergencia que había a un costado de la cama. Le pregunté a la mujer que qué le pasaba, que no le hablara así, que qué se creía. Mi madre lloraba, pero era un llanto tan suave y desgarrador a la vez, que me estremeció, y me dieron ganas de llorar también. La técnico continuaba con sus descargos: que tenía que avisar, que no podía estar pendiente todo el tiempo de ella, que no le pagaban para adivinar lo que hacen o no hacen las pacientes. La señora que estaba en la cama de enfrente pulsó su botón de emergencia, apareció la enfermera en jefe, preguntó qué pasaba, la técnico le contó su versión de la historia, yo la mía, pero la paciente que la había llamado le dio la suya:

—Es que la señora no puede avisar, no habla bien.

La enfermera en jefe me miró con el ceño fruncido, era joven y bella, no debía tener más de 25 años, pero su expresión siempre era seria, nunca sonreía. Entonces salió al pasillo y se llevó a la técnico. Discutieron. Mi madre se había calmado un poco.

—No deje que la traten así, esa mujer es mala, siempre nos anda retando por todo, y es floja —dijo la señora desde el borde de su cama donde se había sentado con los pies colgando a una altura considerable, parecía que en cualquier momento se iba a caer, pero ella gozaba de un equilibrio prodigioso; era una anciana rolliza y con un tono amarillento de piel, tenía grandes ojeras negras y una sonrisa desdentada que lucía cada vez que terminaba una frase.

Yo asentía con la cabeza a todo lo que ella decía, otras pacientes se desperezaron y me dieron su opinión sobre lo sucedido con la técnico. La enfermera en jefe volvió y me dijo que tenía que decirle a mi madre que cuando tuviera algún problema o necesitara limpieza debía avisar con el botón, le expliqué que no se podía mover muy bien y que no lograba coordinar sus manos.

—Yo voy a estar pendiente —dijo la señora desde la cama de enfrente haciendo un ademán con la mano para saludar a mi madre que la miraba inexpresiva—, no se preocupe, yo la voy a ver de vez en cuando, a veces le converso y parece que me entiende bien.

La enfermera la miró sin decir nada, después salió de la sala. No volví a ver la técnico por el resto de la tarde, tampoco en los días posteriores. Mi vieja se durmió nuevamente, y todas las pacientes de esa sala también, todas estaban sumergidas en una especie de letargo colectivo que llamaba a la calma. Después de un rato parecía que el altercado con la técnico no hubiese ocurrido nunca o hubiese pasado hace siglos. En las horas siguientes, la rutina se desarrolló más o menos igual que en los días anteriores: miraba a mi madre,

trataba de leer el libro que llevaba en la mochila, me paraba de vez en cuando para ir al ventanal enorme de la sala y contemplaba el paisaje. Matucana, la Quinta. Veía a los escolares que se juntaban a la salida del metro a fumar y conversar o a besarse; otros hacían pichangas en los pastos del parque; el cielo estaba nublado y hacía frío, pero de vez en cuando salía el sol y la sala se iluminaba y adquiría una tonalidad cálida que contrastaba con lo gélido del lugar, ya que ninguna sala común de recuperación femenina de esa ala contaba con calefacción. Yo pensaba en lo agradable que sería estar abajo, en la Quinta leyendo ese libro del cual no avanzaba nada; o caminando sin rumbo, mirando a los patos de la laguna que se acercaban pidiendo alguna miga de pan; me hubiese gustado haber estado en cualquier lugar, en cualquier época previa, pero no estar ahí, así, con esa incertidumbre y esa impotencia por no saber cómo iba a pagar todo eso, o cómo iba a cuidar a mi madre cuando la mandaran para la casa.

Entonces mi teléfono vibra y despierto de mis cavilaciones, es un número desconocido, contesto.

—Aló.

—Hola, soy yo, el Claudio.

—¿Quién?

—Yo, el Claudio. Tu compañero de la media.

—¿En serio? ¿Me está hueveando?

—No, soy yo, supe lo de tu vieja, estoy en la portería, pero no me dejan entrar, me dicen que tengo que pedir un permiso porque la hora de visita se acabó.

—Sí, son pesados con los horarios.

—¿No podía hablar con alguien allá?

—¿Para que entres?

—Sí

—No sé, déjame ver, te devuelvo el llamado.

—¡Vale!

Con Claudio nos conocimos en la enseñanza media, ambos fuimos alumnos de un precario liceo municipal en Estación Central. Éramos buenos compañeros, luego buenos amigos, incluso una vez fuimos de vacaciones al Salto del Laja con su grupo de amigos del pasaje; fue la primera vez que salía solo, es decir, sin la supervisión de mis padres, a una ciudad que no estuviera dentro del litoral central. Acampamos, jugamos vóley todos los días con un grupo de amigas del camping de al lado, cantábamos canciones de Pink Floyd junto a las fogatas que encendíamos y donde calentábamos *marshmallows* y contábamos historias sobre nuestras primeras experiencias sexuales que algunos adornaban con detalles poco creíbles. Fue una experiencia grata, un recuerdo entrañable que nunca se me olvidó. No volví a ver a ninguno de aquellos compañeros de viaje, y con Claudio nos distanciamos después de que él se casara a los 19 años con una mujer que le doblaba en edad, y luego de eso se acabaron las salidas a la playa, las vacaciones y los conciertos. Poco tiempo atrás, me lo encontraría nuevamente por razones laborales, y me contaría que siempre se iba a arrepentir de haberse casado tan joven, y siempre se iba a arrepentir por muchas cosas más que había hecho en esos años, cosas muy cuestionables según él, pero que no vienen al caso ahora. Mi madre conocía al Claudio, se llevaban bien, conversaban y hasta cocinaban juntos, los padres de él

trabajaban todo el día y no tenían tiempo para cuidarlo, ni a sus hermanos. Aprendió a cocinar solo y tengo la sensación de que veía en mi vieja una imagen clara de lo que debería ser una madre: una mujer cariñosa y severa; creo que eso hacía que él le tuviera afecto. A ambos les gustaba sostener largas conversaciones sobre naderías cuando mi amigo iba a mi casa a hacer algún trabajo para la escuela o a jugar Super Mario Bros o Star Fox.

Hablé con la enfermera en jefe, me dijo que el horario de visitas se había acabado, le dije que lo sabía, pero que mi amigo venía desde Valparaíso —mentí—, y que él no sabía nada sobre los horarios. Le rogué unos minutos más hasta que ella accedió, sacó de un cajón un papelito alargado, un pase, me pidió el nombre de mi amigo y escribió el tiempo: sólo 20 minutos puede estar en la sala, nada más, dijo ella. Le di las gracias y fui hasta el primer piso a buscarlo. Nos abrazamos en el hall de entrada que tiene el hospital, le di el pase al guardia que no lo dejaba pasar, lo revisó, le pidió el carnet y verificó llamando a Enfermería en donde, seguramente, la enfermera en jefe le dio el visto bueno. Pase, dijo finalmente. Mi amigo estaba más ancho, la piel alrededor de sus ojos estaba surcada por profundas arrugas, y tenía una pequeña calva que se le estaba empezando a formar en la nuca; nos pusimos al día, me contó sobre su vida, su esposa y sus problemas, sus hijos, su trabajo, todo esto mientras subíamos por las escaleras hasta el piso de mi madre. Cuando llegamos y se la mostré postrada en la cama, algo en su rostro se quebró, casi pensé que se iba a poner a llorar. Entonces ella abre los ojos y nos mira a ambos, le costó un par de segundos

reconocer a mi amigo. Claudio, dijo al fin, y él se acercó para darle un beso en la mejilla, ella sonrió y se puso a llorar. Ese fue uno de los pocos días de lucidez de mi vieja, hasta pudo conversar sobre mi época escolar ya tan lejana, que parecía que hubiese sucedido en otra dimensión de tiempo y espacio, o como si le hubiera pasado a otra persona y no a mí. Había detalles que ya había olvidado y que ellos recordaban perfectamente. Reían, esa sería la última vez que vería a mi madre sonreír, es extraño, porque aquella sonrisa se me grabaría a fuego en la memoria, aunque otrora fuera algo tan cotidiano, en ese instante era algo tan escaso y bello como una mariposa en el centro de Santiago, nadie sonreía mucho en el hospital. Dos semanas más tarde ella moriría, y uno de los recuerdos más claros que se me vendrían a la cabeza en los años posteriores sobre todo ese desagradable trance, sería la imagen de mi madre sonriendo, como si fuera una cabra chica que acababa de cometer alguna maldad; tampoco olvidaría la prudencia de mi amigo, que jamás intentó dramatizar de más la situación, sólo hablaba de cosas insignificantes y cotidianas, y el día del funeral fue el último en darme el pésame, no dijo nada, sólo me dio un abrazo, un apretón de manos y se fue. No dijo ninguna de esas frases vacías que la gente suele repetir de manera automática y sin emoción en estos casos. Nunca le dije lo mucho que valoré eso.

La parada

Llegué temprano a la casa de mi viejo en Valparaíso aquella vez. Había comprado la carne en Santiago y la preparábamos para comerla con papas mayo, pebre y vino tinto. Se sentía la ausencia de Doris; ella debía resolver algo en La Serena, en la casa de sus padres, un problema familiar entre su hermano menor y sus viejos. Se había ido unos días antes del 18 y me había pedido que no dejara solo al viejo en estas fechas un tanto tristes de fiestas patrias. Al principio, Doris y mi padre apenas se hablaban, pero con el tiempo se habían hecho amigos, sobre todo después de la muerte de mi madre, Doris había sido la persona en quien nos apoyamos ambos en ese entonces, cuando todos se habían alejado de repente: amigos, familiares, mi exmujer.

Mi viejo atizaba un poco el carbón, yo daba vuelta la carne y echaba aire con un pedazo de cartón. Le había explicado a mi padre lo del viaje de Doris, y que iba a llegar pronto.

—Debiste acompañarla —me dijo.

—Ella lo prefiere así.

—Yo estoy bien. Todavía puedo hacer mis cosas.

—Lo sé.

Lo sabía, pero también que llegaría el momento en que le sería imposible salir de la cama, porque ya era un hecho, su cáncer no iba a ceder, mi viejo estaba en una etapa de la enfermedad en la que no se podía hacer nada más que sólo

acompañar. Un tratamiento paliativo lo tenía gran parte del día drogado, o ausente. Mi madre había muerto el 15 de septiembre de hace 5 años atrás, y el mes completo resultaba tremendamente sombrío y triste.

Mi padre se había comprado un terreno en uno de aquellos cerros de Valparaíso donde cualquiera diría que es una locura construir lo que sea. Había agregado piezas a la casucha del antiguo dueño que se alzaba allí. Había construido un segundo piso y un taller donde arreglaba desde motores de motos hasta teles viejas, también había armado una terraza en la parte delantera que tenía una vista preciosa de la playa y el mar. Su casa se veía extraña, pero tenía cierta homogeneidad que le daba a la construcción un extravagante encanto. Me gustaba ese pedazo de Valpo, de casas mal diseñadas, con cerros llenos de basura e inexistente planificación urbana, o por lo menos donde vivía mi padre todo se veía más o menos así, pero a pesar de lo desmedrado del lugar, algo me atraía del entorno. Valparaíso, en general, era una mezcla entre viejos edificios neoclásicos de principios del siglo pasado, con construcciones modernas en decadencia de alrededor de los 70.

Doris no llegó ese día, me llamó diciendo que a la mañana siguiente saldría en un bus con rumbo a Valpo, un viaje que le tomaría cerca de 5 o 7 horas quizás.

—¿Y cómo está don Bernardo?

—Bien. La verdad es que no hace mucho, sólo mira el mar sentado en la terraza.

—¿Qué hicieron hoy?

—Un asado. Después lo saqué a caminar un poco, pero le dio sueño y se devolvió a la casa. ¿Tú qué hiciste?

—Traté de razonar con mi hermano, pero se lo está comiendo la pasta base, no lo reconocerías si lo vieras. No hace caso a lo que le dicen. No sé qué hacer con él, la verdad.

—Cómo quisiera ayudarte. Podrías convencerlo para que se rehabilite.

—Puede ser, pero él no escucha... Leonel, tú sabes que tenemos que hablar, ¿cierto?

—Sí, lo sé.

Después de un breve pero eterno silencio, nos despedimos y colgamos. Me quedé concentrado en el teléfono, como si esperase a que volviera a sonar. Fui hasta la pieza de mi viejo, se había quedado dormido mirando ese programa de trasnoche en el que un tipo calvo vaticina el fin del mundo cada dos o tres semanas, esta vez hablaba del video de una anciana japonesa que decía que había logrado abrir su tercer ojo con el que se comunicaba con seres espirituales de galaxias lejanas y con la gente que vivía en el centro de la tierra; todas las imágenes que confluían en su mente le hacían suponer que el 22 de diciembre de aquel fatídico 2012 iba a ocurrir una especie de gran tribulación como la que se predice en la biblia, y que la humanidad se enfrentaría a un periodo de mucha angustia y oscuridad. Para eso faltaban solo 3 meses. Apagué la tele, mi viejo no se dio cuenta de nada, ni siquiera del apocalíptico anuncio. Fui hasta la pieza que él nos facilitaba cuando íbamos con Doris de visita. Me acosté sobre la cama y me quedé mirando el techo manchado por la humedad que seguramente se formaba por alguna

filtración que se producía cuando llovía, y pensaba en esos seres intangibles que sólo puedes ver con tu tercer ojo, pensé en la sombría fecha de diciembre. ¿Qué irá a pasar?, ¿todavía Doris será parte de mi vida para ese entonces?, ¿cuánto tiempo más vivirá el viejo?, ¿alcanzará a ver el gran final?

También me puse a pensar en mi madre muerta, en esas tardes lejanas de la niñez; en el pastel de choclo, en las tortillas de papas con zanahorias, en toda esa comida que ella hacía y que nunca más volvería a probar. Recordé esa casa que cuidamos por un tiempo en los 3 Antonios, creo que aquella fue la mejor etapa de mi adolescencia, me gustaba pasar las horas muertas en una de las reposeras del enorme patio trasero, el cual tenía como protección del sol una inmensa parra y un gigantesco magnolio. Mi vieja trabajaba como asesora del hogar, o limpiando en algún mall, o en lo que le saliera; yo hacía algún dinero empaquetando en supermercados, o en algún club de tenis como pelotero, o como administrador de algún cibercafé. Un tío ermitaño de mi madre, a quien le había ido relativamente bien en la vida, nos ofreció que cuidáramos su casa por un año mientras él se iba a España a hacer clases, o a estudiar, o a escribir un libro, la verdad es que ya no lo recuerdo bien. Era una casa preciosa. En ese entonces, mi padre ya se había mandado a cambiar y no supimos mucho de él en el siguiente par de años. Un día volvió y nos dijo que ya tenía lista la compra de un terreno en Valpo —que no es éste, donde se alza su casa actual—, y que quería que nos fuéramos a vivir con él. Pero por esa época mi madre comenzó a sentirse peor de su enfermedad cardíaca que la había acompañado por más de una década. Tuvimos

que hacerle una infinidad de exámenes, y todos ellos indicaban lo mismo: su corazón no paraba de crecer. Su única oportunidad para seguir viviendo era que se sometiera a un trasplante, sin embargo, resultaba muy difícil que la consideraran para uno, ya que ella no estaba dentro de los primeros puestos de prioridad en la lista nacional de espera.

De a poco se fue apagando, caminaba más lento, respiraba con mayor dificultad. Mi padre dejó su proyecto de irse a vivir a Valparaíso de lado y estuvo con nosotros hasta que mi madre murió. Un día abrió los ojos, miró fijo el techo, tuvo un pequeño espasmo y se fue.

El estado de salud de mi viejo me hacía recordar esos días largos y tediosos de espera. Sabía que era un pensamiento horrible, pero muchas veces sentí que lo más humano para ella era la muerte, dejar atrás esa agonía que no nos llevaba a ninguna parte, porque las cartas estaban echadas y en todas perdíamos. Todos saben que lo natural es que los padres se vayan primero, pero nadie te habla de ese dolor sempiterno, de ese vacío permanente que nada puede llenar, ni un nuevo amor, ni los avances en tu carrera o la adquisición de una casa. Ahora, ad portas de la pérdida de mi padre, siento que no estoy preparado, para nada, porque, a pesar de los vaivenes en nuestra relación, creo que lo voy a extrañar. Su figura lánguida, sus pasos vacilantes y su mirada a ratos perdida, configuran en mi mente un recuerdo indeleble, y por mucho tiempo que pase siempre se quedará conmigo ese brillo lánguido en los ojos que tenían mis viejos pocos días antes de morir.

Inevitablemente, esa noche soñé con mi madre, estábamos en la casa de los 3 Antonios, mi vieja reposaba en la cama después del almuerzo; por alguna razón yo sabía que era invierno en el sueño, pero por una de las ventanas de la habitación entraba una luz cálida y oblicua, y se dispersaba dentro de la pieza creando una sensación de bienestar o de paz que me llenaba el pecho. Yo le hablaba, pero ella no contestaba, dormía profundo, la tele estaba encendida con el volumen bajo. En el sueño ella no usaba camisón de dormir, tenía una falda floreada y una blusa oscura, pero la verdad es que no podía distinguir bien los colores. Insistía en hablarle, sin embargo, ella no despertaba, yo me angustiaba, empecé a tener miedo. Sentí que alguien me llamaba desde el patio, era ella también, pero ahora tenía un sombrero grande de paja, tomaba el té sentada a la mesa de la terraza. Los árboles blandían sus hojas por la brisa que se colaba por entre sus ramas. Ella me miraba y me sonreía, yo intentaba hablarle, pero la voz no me salía. Tampoco podía ir hacia ella, algo me lo impedía. De repente, dentro de la casa se escuchó un ruido, entro y miro el comedor, hay una especie de ardilla en el suelo, es una chinchilla, se mueve lento, parece que tiene una pata rota, voy hasta ella, la tomo y le acaricio la pata, se recupera de inmediato, se suelta de mi mano y corre hasta la pieza, la sigo, la tele todavía está encendida, entonces voy hasta el patio, pero no hay nadie, estoy solo. Me desespero, la chinchilla me acaricia las piernas con su lomo, la tomo y me calmo. De pronto todo se detiene, hasta el viento que hacía bailar al magnolio y a la parra. El mundo entero se ha

detenido, lo sé, y me quedo contemplando el cielo gris hasta que despierto llorando como un cabro chico.

La luz de la pieza está encendida. Intento calmarme y voy hasta el baño, me lavo la cara, el agua está gélida, pero me ayuda a despertar completamente. Voy hasta el dormitorio de mi viejo, desde afuera se logran escuchar sus ronquidos. Decido ir al living, enciendo la tele, no hay mucho que ver, salvo algunas viejas películas en blanco y negro como “El Gran Circo Chamorro”; Eugenio Retes le habla a la pantalla, al espectador, rompiendo la cuarta pared, es la escena en la que encuentra a su hijo borracho en una fonda, o un bar, ya no recuerdo; él pensaba que estaba estudiando medicina en la capital con el dinero que le enviaba. He visto la película tantas veces que me sé casi de memoria los diálogos. Sin mucho esfuerzo me quedo dormido cubierto con mi abrigo que, aunque es grueso, no calienta demasiado. Pero no quiero ir a la pieza, no solo.

Cuando desperté la tele estaba emitiendo el noticiero matutino, el conductor anunciaba la parada militar de la tarde. Yo no podía entender que hubiera gente que le gustase ver ese eterno desfile por la tele. Sentí ruidos en la cocina, era mi viejo que ya se había levantado, hacía café y unos sándwiches con la carne que había quedado del día anterior.

—¿Hoy llega la Doris?

—Sí, hoy.

—Tenemos que comprar empanadas, entonces.

—Sí, me baño y vamos.

Mi papá se quedó mirando por la ventana de la cocina. La niebla matinal ya se estaba disipando, parecía que el día iba a estar soleado pero frío.

Fuimos al mercado a comprar, algunos locales estaban abiertos; otros no. Caminamos por Las Torpederas, corría un viento muy helado, algunos niños intentaban encumbrar volantines, otros los pescaban cuando se iban cortados, parecía que lo segundo era casi tan divertido como lo primero. Un anciano, más o menos de la edad de mi padre, arrojaba un hilo brillante al mar, después de mucho rato lo recogía y veía si algún pez caía en la trampa, casi siempre regresaba el anzuelo solo, un labrador a su espalda lo miraba expectante, o al mar. Nos sentamos en un borde rocoso, hacía frío, pero mi padre parecía no tener la intención de abandonar la playa. Sus ojos inquietos miraban a los niños y al pescador y a los volantines en el cielo. Me dio la impresión de que él hacía eso a diario, pasar largas horas observando ese paisaje que me parecía idílico. Era una buena manera de perder el tiempo.

Volvimos a casa un poco después del mediodía con la compra, con las empanadas y todo lo que necesitaba el viejo para el resto de la semana. Doris no había llegado. Mi viejo ya no quería más carne, así que le preparé una sopa con fideos, papas, porotos verdes y cebolla. Yo me devoré una empanada. Tomamos café, vimos las noticias y después la parada militar.

—¿Por qué no ha llegado la Doris todavía? —me preguntó mi padre después de servirse otra taza de café.

A pesar del frío, la casa se sentía cálida y comfortable. Se estaba a gusto allí.

Entonces, le conté sobre los problemas con el hermano de Doris, también de los problemas que teníamos nosotros, me extendí sobre la posibilidad de separarnos por un tiempo para ver si eso nos daba el aire, la libertad para ver si ambos nos necesitábamos, si necesitábamos estar juntos o no.

Mi viejo no dijo nada, tenía el hervidor a su lado y cada tanto llenaba su taza con agua caliente. Cuando terminé de hablar, él se concentró en la tele, por el cielo, sobre la Elipse del Parque O'Higgins, sobrevolaban en una formación en V tres aviones F-16. Mi padre estaba como hipnotizado por los fabulosos cazas de combate.

—Cuando fue el golpe —dijo de pronto sin quitar los ojos del televisor— yo estaba en la casa con tu madre, no quise ir a la fábrica, era como si hubiese sabido que algo malo iba a ocurrir. Llamé a mi jefe, un dirigente del partido, y le dije que ese día no me sentía bien de salud, que era probable que faltara. Está bien, respondió él sin darle mucha importancia al asunto. Desde hacía mucho tiempo que las cosas no estaban bien en el país, después del tanquetazo todo el mundo estaba inquieto, algo iba a pasar, y estábamos preparados para lo peor, pero “estar preparados” era sólo un decir. Con tu madre vivíamos en Padre Hurtado en aquella época, la comuna entera se dividía en grandes parcelas que estaban siendo loteadas. A media mañana de ese día yo regaba las plantas del jardín, a pesar de que parecía que iba a llover, entonces un vecino que pasaba por la calle me cuenta que los milicos se habían tomado el poder. Yo lo miré sorprendido. Ponga la radio Magallanes, me dijo, ahí están diciendo todo. Corrí a la casa y encendí la radio. Efectivamente, los locu-

tores estaban hablando del golpe de estado, del asalto a La Moneda. Tu mamá se acercó al living y me vio todo angustiado: ¿qué pasa?, preguntó al verme tan inquieto. Los milicos están bombardeando La Moneda, le respondí mientras el locutor les pedía a los trabajadores que fueran a sus lugares de trabajo y resistieran. Eso hice yo. Fui hasta el cordón industrial Cerrillos que era el lugar donde estaba la fábrica. En aquel entonces yo me sentía muy comprometido con las políticas sociales de Allende, y por lo mismo creí que mi lugar era estar junto a mis compañeros de partido, a pesar de los reclamos de tu madre que me rogaba que no saliera porque me podían matar. Se suponía que, si llegaba a ocurrir algo en el país, como lo que estaba pasando en ese instante, los primeros en llegar a las fábricas e industrias eran los dirigentes que debían organizar la resistencia, pero no llegó casi nadie, salvo unos compañeros de trabajo, en total éramos seis y nadie más. A media tarde apareció un pequeño grupo de conscriptos en un camión militar. Se bajó el comandante y pidió nuestros carnés. Después nos hizo subir al vehículo. Pasaron dos meses antes de que me soltaran. Tu madre me buscó, fue a la fábrica, a carabineros, después supo que el estadio Chile era un lugar de detención, fue hasta allá, pero nadie le daba respuestas. Esos días han sido los más oscuros de mi vida, y los más salvajes también. Me torturaron, pero no te contaré qué me hicieron, hay cosas que no te las voy a contar ni a ti ni a nadie, se van a morir conmigo. Primero fui al Estadio Chile, después fui trasladado al Nacional. Me interrogaron sobre cosas que yo desconocía. Aguanté varias sesiones, no sé cómo, la verdad. Al final, creo que me salvé

porque tuve suerte. Un día me dejaron salir y eso fue todo. No recibí amenazas, no me fueron a buscar para nuevos interrogatorios, sólo se olvidaron de mí. Cuando volví a la casa, tu madre estaba en la cocina y al verme dejó caer lo que tenía en las manos, no recuerdo bien qué era, lo que sí recuerdo es que se hizo añicos. Estuvo un largo rato escrutándome con la mirada, yo no recordaba, por la emoción del momento, de que tenía la misma ropa de hacía dos meses, el pelo largo y también una barba gruesa. ¡Soy yo, mujer!, le dije, y ella se echó a llorar apoyada en el marco de la puerta, luego se dejó caer lentamente sobre sí misma. Yo fui al baño a lavarme la cara, vi mi reflejo sucio en el espejo, mi pelo enredado y opaco, mis ojos rojos; estuve un rato mirándome, y luego, también me eché a llorar.

Mi padre se quedó en silencio contemplando su taza vacía. Nunca había hablado sobre el tema, nadie en la familia lo escuchó conversando sobre estas cosas antes, pero todos sabían que se lo habían llevado preso para el golpe. Cuando me atrevía a hacerle preguntas sobre lo que le había pasado en el Estadio Nacional él se enojaba y me dejaba hablando solo. Esta confesión me tomó por sorpresa, no supe qué decir. Sólo lo miraba en silencio, tenía un chal sobre los hombros, se veía pequeño y triste. Los sones de las marchas prusianas llenaban el living.

—Sabes —continuó—, una vez vi a uno de estos chuchumadres. Yo estaba en la Plaza de Armas después de hacer un trámite en la AFP, tenía calor, compré un helado y me senté en una banca, fue en ese momento en que lo vi pasar, un tipo alto, moreno, todavía con estampa militar; llevaba a

una niñita de la mano, quizás su nieta. Sentí terror, su rostro me estremeció; transpiraba y jadeaba, se me iba el aire. Todos esos recuerdos horribles se me vinieron a la cabeza en un segundo. ¡Absolutamente todos, por la chucha! Creo que por eso decidí venirme a vivir acá, para estar tranquilo, para no encontrarme con nadie. No te voy a negar que aún siento un inmenso resentimiento por aquellas personas, pero lo que más me duele es que para ellos yo no soy nadie; al verme en la calle ninguno de ellos me va a reconocer, no soy nada más que un viejo insignificante, una sombra, un fantasma.

Después de que mi padre terminó su relato, pasamos varios segundos en silencio, acompañados por las estridencias del desfile. Decidí que era mejor salir de la casa y respirar el aire del puerto que seguir mirando la parada militar por la tele. Convencí a mi viejo para que fuéramos a caminar a la playa nuevamente, así lo hicimos. El atardecer era precioso, gigantescas nubes rosadas flotaban lentas sobre el mar. Cuando volvimos, afuera de la casa estaba Doris, tenía el aspecto de haber estado esperando por mucho rato nuestro regreso. Fui hasta ella y la abracé, no nos dijimos nada, mi padre nos miraba en silencio, e inexpresivo abrió la puerta de la reja. Ella fue a ducharse, mi padre preparó una paila con huevo y longaniza y cebolla, y tomamos el té conversando en la pequeña terraza de la entrada. Ya de noche, después de que mi viejo se fuera a dormir, Doris se acercó a mí y me besó en la cara. Buenas noches, dijo. Buenas noches, respondí, y se retiró al dormitorio. Yo salí un momento a la terraza y miré la ciudad y sus luces. Escuché el murmullo del mar omnipresente, pero que resaltaba más de noche. Y me di

cuenta de que mi viejo tenía razón, en ese lugar, uno podía llegar a sentirse en paz, tranquilo.

La mujer del pelo rosa

Don Héctor estaba de mal humor. Esa mañana tuvo una pequeña discusión con su doctor, un amigo de varios años, casi un amigo de toda la vida. Le había pedido que se hiciera una batería de exámenes; sin embargo, don Héctor tenía sus reparos. Dame una pastilla nomás, le había dicho. Pero su amigo le respondió que lo mejor era salir de dudas sobre esos dolores de espalda y los escupitajos sanguinolentos que despertaban con él al amanecer. Don Héctor odiaba los hospitales, habían pasado años, pero recordaba el calvario de sus padres cuando las miserias de la vejez colmaron sus días postreros en urgencias atestadas y desmoralizantes.

—Ya, cuando estén listos los resultados nos volvemos a ver —le dijo el médico dando por terminada la consulta—. El escáner es el más importante de todos los exámenes —añadió mientras acompañaba a don Héctor hasta la puerta y se despedían con un apretón de manos algo formal.

Apenas llegó a casa, Rosalinda, su mujer, ya estaba enterada de todo y había hecho las citas por teléfono para cada uno de los requerimientos que el doctor le había solicitado a don Héctor en la consulta de la mañana. Probablemente este hueón maricón llamó a la Linda antes de que llegara, pensó don Héctor.

A la hora de almuerzo llegó su hijo con Matilde, su nuera, y Ana, su nieta. La comida fue agradable. La sobremesa la

pasaron recordando anécdotas y hablando sobre primos y viejos tíos perdidos del campo. Cahuines familiares, rencillas entre parientes, etcétera. Más tarde una siesta. Faltaba mucho para la llegada de la primavera; sin embargo, ya se sentían más cálidos los días invernales. La modorra se extendió casi toda la tarde, pero antes de la hora del té don Héctor salió junto con Ana hacia la plaza, a los juegos, a los columpios y balancines, como solían hacerlo cada vez que su nieta estaba en casa de visita.

—Lleva a la Estrella —le pidió su mujer refiriéndose a la pequeña perra negra que dormía sobre la alfombra del living—, no la has sacado en toda la semana.

Don Héctor miró al animal que parecía no necesitar nada más que estar en paz, descansando donde estaba, imperturbable.

La niña corría junto a Estrella con ímpetu, pero la perra no tenía intención de seguirle el paso, los años ya estaban haciendo mella en ella, a esas alturas, era raro verla ladrar o perseguir a los autos por la calzada o a los niños que pasaban en bici por la vereda.

La tarde estaba despejada, el cielo prístino. Las calles de ese sector siempre parecían estar vacías. Aquel barrio estaba lejos de pertenecer a los sectores más acomodados de la capital, pero también distaba mucho de los arrabales de Santiago. Era un sitio tranquilo, un lugar viejo para gente vieja. Hasta allí no llegaban el bullicio de los apuros viales, las construcciones depredadoras o los vehículos de emergencia en constante demanda.

Ana le contaba cosas de su escuela al viejo, de su primer año como alumna de un pomposo colegio particular, de los niños de su curso, de los profesores. Había aprendido rápido a leer, y todos esperaban mucho de ella; sus padres hablaban orgullosos a conocidos y amigos de los prodigios de la niña. Don Héctor la adoraba, pero ya no podía con su energía, cada vez le costaba más ser su compañero de juegos, su aliado, quizás esos dolores de espalda, quizás los años o la cabeza le impedían disfrutar de aquella etapa en la que se vuelve a lo básico, al existir más o menos parsimonioso, a la niñez renovada que le ofrecía pasar tiempo con su nieta.

Llegaron a la plaza, estaba semivacía. Ana fue hasta los columpios donde había una niña de su edad aproximadamente. Se hicieron amigas de inmediato. Parecía que la muchachita estaba sola, ya que ellos eran los únicos usuarios del equipamiento del lugar.

Don Héctor encontró un diario abandonado en el banco donde se sentó, a Estrella la amarró a una de las patas del asiento y se dispuso a leer las noticias, todavía se hablaba mucho sobre la caída de las dos torres, ya había pasado un mes, pero el impacto de ese evento era lo más importante que había ocurrido hasta entonces en el nuevo milenio que apenas estaba empezando.

—Los gringos no tienen idea, no saben pa'onde va la micro —dijo una voz femenina a unos metros de don Héctor.

Él se sobresaltó al escuchar esas palabras provenientes de un banco un poco más atrás del suyo, donde había una mujer que miraba la portada del diario que leía don Héctor, y que hablaba sobre el atentado. No había reparado en ella al

momento de llegar a la plaza, y eso resultaba extraño ya que su apariencia era bastante extravagante para los parámetros de vestimenta femenina que consideraba sobrios don Héctor: tenía la piel de los brazos surcada por tatuajes, ropa verde como de camuflaje y lo más llamativo era su pelo rosa, o la peluca que llevaba puesta tenía ese color, a leguas se podía apreciar de que su pelo era falso.

—¿Qué cree, usted, encuentran a Osama o no?

Don Héctor se quedó mudo auscultando a la mujer, sorprendido por la confianza de hablarle así a él, un desconocido cualquiera. Entonces entendió, seguramente ella era la madre de la compañera de juegos de su nieta, y ante la igualdad de circunstancias, los dos eran algo así como camaradas de labores.

—No lo sé —respondió don Héctor—, pero los estadounidenses no se van a quedar así. Hasta podrían hacer una guerra.

—¿Contra quién?

—Contra todos —exageró don Héctor—, si quisieran, podrían destruir el mundo.

—Le está poniendo mucho color, oiga.

—Puede ser, pero ellos tienen tanto poder.

—Los rusos y los chinos también.

—Sí, es verdad.

—Los tres son como enormes leones sin dientes.

—Pero con garras, bastaría muy poco para que cualquiera diera el primer golpe. En varias ocasiones hemos estado a punto de desaparecer, señorita.

La mujer miró a don Héctor con una sonrisa en los labios, casi con ternura. Don Héctor llegó a pensar que ella le estaba coqueteando, pero sería imposible, él era un viejo semicalvo, arrugado, algo barrigón y con un problema de gota imperecedero. En cambio, la mujer parecía que no debía superar los 30 años, de hecho, su aspecto juvenil y extraño le daba un aire fresco, liviano y lleno de energía a su impronta. Sin embargo, su rostro irradiaba cierta gravedad, a pesar de la luminosa y juguetona sonrisa, había algo en sus ojos que le llamaba poderosamente la atención, una tristeza vieja quizás.

Ana fue hasta donde su abuelo y le pidió algo de agua de la botella que don Héctor había tomado del refrigerador antes de salir de casa.

—¿Es su hija? —preguntó la mujer.

—No, es mi nieta. Se llama Ana. Mijita salude a...

Pero antes de terminar la frase, la niña ya había corrido hasta llegar junto a su nueva amiga y se encaramaba en una intrincada estructura con escaleras y sogas.

—Es adorable la niña —dijo la mujer.

—Gracias, ella es muy tranquila, sólo enloquece un poco aquí, en estos juegos.

—¿Cuál es su raza?

—¿De mi nieta?

—No —dijo la mujer tapándose la boca para reírse y apuntando hacia Estrella que persistía indiferente al diálogo y a su entorno.

—Es una pug.

—Tenía cara de bulldog.

—No sé si están emparentados.

—Puede ser, se parecen.

—Sí, pero una raza es de origen chino y la otra inglesa.

La mujer se quedó meditando esa información mientras miraba a las niñas jugar, o eso parecía. De pronto el día se comenzó a oscurecer, un viento frío remecía las ramas de los árboles y levantaba algunas hojas amarillentas del suelo. La temperatura bajó de inmediato un par de grados, y la tarde tibia que invitaba al juego al aire libre y las caminatas prolongadas había llegado a su fin.

Don Héctor pensó que lo mejor sería volver a casa para evitar que la niña se resfriase. Cuando iba a hacer el ademán de ponerse de pie, la chica comenzó a hablar con un tono melancólico.

—Yo estuve embarazada de una niña, pero ella murió poco después de nacer —dijo la mujer mirando a Ana dejarse llevar por la gravedad y la inercia que producía el resbalón por donde caía casi en cámara lenta debido al roce y a la suciedad de la superficie del tubo.

—Lo siento mucho —atinó a decir don Héctor después de unos segundos y aún asombrado por aquella revelación.

—Sentí su cuerpecito cálido contra mi pecho un par de minutos antes de irse.

Entonces don Héctor se inclinó para desatar a Estrella, era momento de regresar sin más retrasos. En la casa los debían estar esperando con la once lista. Quizás Rosalinda estaría un tanto enojada por la demora. Tal vez su hijo ya quería marcharse y no podía hacerlo sin Ana.

—Es una lástima —agregó don Héctor casi sin convicción—, esas cosas pasan.

Ya tenía la correa en la mano; Estrella, como adivinando que regresarían al hogar, se puso de pie con un vigor insólito que contrastaba con su calma habitual.

—Sí, mi pololo me pegaba, la pérdida fue debido a una de sus palizas.

Don Héctor cayó en la cuenta de que la niña que jugaba con Ana no era hija de la mujer de pelo rosa.

De pronto se instaló entre ambos un extenso silencio, un espacio de tiempo cargado de tensión que don Héctor interrumpió con una pregunta.

—¿Lo denunciaste?

Pero la mujer ignoró la pregunta.

—¿No le parece curioso que el atentado a las torres haya sido un 11 de septiembre?

Don Héctor no respondió.

—No sé si usted sabe, pero una vez Santiago fue destruida por Michimalonco en esa misma fecha; también fue en un 11 de septiembre la Batalla de Stirling con William Wallace como uno de los nobles que lideraron esa victoria; esa fue la fecha del golpe...

Por un momento don Héctor se sintió perturbado. El viento arreciaba con más fuerza, las hojas se levantaban bailando hacia el cielo. Todo este conjunto de imágenes rememoraba a la escena clásica de La profecía donde muere el padre Brennan atravesado por un mástil que cae desde lo alto de la torre de una iglesia.

—No lo denuncié, le hice otra cosa: sangre por sangre.

Al escuchar esto último, don Héctor miró casi por reflejo a Ana. Dio un paso hasta ella, pero una palabra de la mujer hizo que se detuviera paralizado de miedo.

—¡Capitán!

De pronto volvieron esos recuerdos que le atormentaban de vez en cuando y le hacían despertar de noche con espasmos y escalofríos, con fiebre y temblores en las manos. Los fantasmas del pasado nunca se alejan mucho. El Estadio Nacional, la academia de guerra, los viejos colegas que aún le hablaban con chapas y seudónimos que más parecían los apodos de niños pertenecientes a un equipo de fútbol de barrio.

—Mi mamá murió hace un par de meses —continuó la muchacha—, se quitó la vida. Usted la torturó y violó a pesar de que ella estaba embarazada de mí. La golpeó tanto que es casi inverosímil que yo hubiese nacido sin mayores problemas después de los 9 meses. Mi madre me contó a retazos su historia y luego yo investigué por mi cuenta, cada testimonio que encontraba se fue grabando de manera indeleble en mi mente, cada alusión a usted por parte de otras mujeres se quedó conmigo como una historia rota, como un mal sueño, o como esas pesadillas que son recurrentes. Usted sabe de lo que le hablo, ¿verdad? Necesitaban nombres de gente del partido, pero, a pesar de que mi madre cooperó, igual la torturaron. Me contó de usted, de cómo la quebró, la amenazó conmigo, con sacarme de su vientre con un corvo y arrancarme la cabeza frente a ella. ¿Se acuerda?

Don Héctor miró a la chica sin decir nada, pero la expresión de su rostro decía muchas cosas, en él había confusión, enojo, quizás terror.

—Ya me funaron hace unos meses atrás, yo no hice nada —dijo don Héctor en un hilo de voz.

—¡Claro que sí hiciste algo, viejo conshetumadre! Y no te muevas, no sabes lo que tengo en el bolso —le dijo la chica metiendo la mano dentro de él y tomando algo que parecía alargado por debajo de la tela.

Las niñas no se enteraban de nada, miraban en la tierra a un bicho grande y negro que se desplazaba lento junto a sus pies, seguían sus erráticos movimientos para saber a dónde iba, les fascinaba su cuerpo, la forma de sus patas, lo azul que se veía cuando la luz del sol de invierno lo envolvía. Estrella se echó en el suelo nuevamente, pero esta vez miraba atenta a la mujer, como escuchando su relato de horrores.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó don Héctor angustiado.

—Que escuché mi historia, que es suya también, pero tranquilo, ya estoy llegando al final.

—¿Tiene un arma?

—Sí.

La chica acomodó lo que ocultaba dentro de su bolso. Por la calle no había nadie, ni gente, ni animales, ni aves, ni vehículos. Parecía que un desastre natural inesperado había arrasado con todos los habitantes del planeta y ellos eran los únicos sobrevivientes.

—Mi mamá me dijo que su chapa era “el Botella chico”, porque tenían un superior al que le decían “el Botella” por lo

borracho, y que usted se parecía a él. Me dijo que el Botella chico era el que la violaba todos los días, que introducía ratones muertos por su vagina...

—Yo hacía lo que me ordenaban nomás, ahora estoy arrepentido, pero ¿qué podía hacer? No me podía negar.

La chica miró a don Héctor de soslayo, sus ojos estaban inyectados en sangre, o llorosos.

Silencio.

—Mi madre me contó —continuó la chica— que una noche usted la llevó a la pieza grande, donde estaban todas las máquinas, pensaba que la iban a torturar de nuevo, como tantas veces, pero sobre la parrilla estaba mi padre, usted lo apaleó toda la noche mientras quemaba su piel con las descargas eléctricas que le infligía de tanto en tanto, ¿se acuerda?

Don Héctor de pronto recordó todo nítidamente, a su mente acudieron formas, voces, caras, nombres; recordó al Chino Díaz, a Jorge Muñoz, a Ortiz, Pizarro; recordó La Brigada Lautaro. Recordó al hombre que era profesor de historia y a su mujer embarazada que pedía que la mataran en cada sesión.

—Ah, veo por su cara que ahora recuerda, ¿verdad?

Entonces la mente de don Héctor se nubló, o se trasladó a esos años, al infierno.

—Lo último que le hizo a mi padre fue reventarle la cabeza con un martillo, y obligó a que mi madre lo viera. Ella trató de matarse varias veces, en una ocasión se había cortado las venas en la tina, dejó el agua correr, cuando llegué del colegio vi el charco afuera del baño, agua y sangre... En

el último tiempo había alcanzado algún tipo de estabilidad, pero hace unos meses atrás apareció la funa por la tele, en la que a usted lo nombraban por su chapa: “el Botella chico”. Al verlo, ella se puso a llorar, fue un llanto que duró días. Una tarde, al volver de la universidad, la encontré en el comedor, su cabeza estaba apoyada sobre la mesa, se había cortado el cuello con un enorme cuchillo cocinero, la sangre salpicó las paredes y los muebles, y sus ojos se quedaron abiertos, como si no quisiera cerrarlos más, como queriendo alejar la oscuridad o las pesadillas...

—Por favor, mi nieta... —dijo don Héctor con tono suplicante.

—Sí, lo sé, por eso esperé este momento.

Otro silencio.

En un movimiento rápido, la chica extrajo de su bolso un martillo y se fue encima del viejo. Lo golpeó con las puntas en la cabeza, su ojo izquierdo estalló. Estrella se desperezó de inmediato, y ante el peligro huyó perdiéndose por calles conocidas hasta su casa, sería la forma en que Rosalinda y su hijo se enterarían de que algo le había pasado al abuelo y a su nieta.

El viejo no hizo nada, no tuvo tiempo para reaccionar, y mientras la mujer machacaba su cabeza con furia, él pensaba en Ana y en Rosalinda a los 18 años, desnuda, dispuesta a meterse al agua de un río perdido del sur, luego harían el amor en el pasto; veía el nacimiento de su hijo, un niño prematuro, pequeño, rosáceo; recordó a su madre moribunda en una cama fría de hospital, deliraba, lo confundía con un

hermano menor que ella perdió en un accidente de tránsito en Temuco.

La chica continuaba con su venganza. Cuando vio que el viejo ya no se movía, guardó el martillo y del bolso sacó un cuchillo enorme, le cortó el cuello y miró un instante la sangre esparcirse sobre la tierra de la plaza, era casi negra. Luego tomó todo y lo guardó en su bolso, corrió hasta una moto estacionada junto a la acera y se fue, la peluca voló por los aires dejando al descubierto una melena castaña y opaca.

Ana se acercó hasta el cuerpo del viejo, todavía tenía pequeños espasmos, la sangre salía por la nariz, por la boca, por la herida en el cuello, por la cabeza abierta, y la imagen de ese ojo reventado la perseguiría el resto de su vida, lo vería en su adolescencia, en la adultez, en el hospital de Avenida La Paz, en las sombras que siempre la acosaban bajo los puentes sobre el Mapocho donde se cobijaba del frío.

Unos días después, alguien llamaría desde una clínica y preguntaría por don Héctor, si acaso confirmaba la hora para unos exámenes. Rosalinda quedaría pasmada ante el auricular, ante la insinuación de un pasado que parecía remoto, y así sería su vida en adelante, perpleja.

Destello

Revisaba algunas fotos viejas de mi padre, casi todas imágenes en blanco y negro de él en trajes oscuros y con sombreros con el ala ladeada hacia la derecha, muy al estilo de Humphrey Bogart en Casablanca, también estaba mi madre sonriendo a la cámara con sus vestidos floreados y vaporosos. En menor medida aparecía yo, con uniforme escolar o vestido de huaso o con mi sonrisa desdentada de los 5 o 6 años, mis fotos eran más bien ochenteras. Todas contaban una historia, la historia de una época que me parece tan lejana ahora, como lo fue mi niñez o la etapa previa a mi nacimiento. Una época sin colores, con dictadura y grandes oportunidades para ser pobre o morir. Pareciera que Chile siempre ha sido así: gris, miserable y violento. Pareciera que Chile lo seguirá siendo.

Caminé por la casa a oscuras. A través del enorme y sucio ventanal se podía apreciar la insinuación de la lluvia venidera sobre la costa. El mar se movía inquieto, como si fuera un monstruo inmenso que a la distancia se percata de tu presencia y se acerca sigiloso considerándote una presa. El viento silbaba por entre las latas del techo. En uno de los sillones raídos vi una sombra rara, era un gato enorme que dormía —o fingía dormir— sin reparar en mí, sin importarle mucho mi presencia. Me acerqué, me vio, encendí mi linterna y me di cuenta de que era muy viejo, tenía cicatrices en la

cara y las puntas de las orejas cortadas. Por algún resquicio de una ventana rota debe entrar, pensé. Era el único habitante de esa casa abandonada. Me dijeron que debía desocuparla hacía varios años atrás, pero comenzó la cuarentena, luego el desabastecimiento, la restricción de desplazamiento y los saqueos. Los muertos por las calles. De alguna manera me había librado de cualquier forma de contagio, era inmune, o tenía mucha suerte, no lo sé.

Me senté un momento en el sillón junto al gato, miré la playa y me puse a recordar todas aquellas veces que vine a esta casa a acompañar a mi viejo en las vacaciones, cuando todavía era joven y el mar me producía una tremenda emoción, casi igual a la que siento ahora. También la recordaba a ella, con sus trajes de baño diminutos y su blanca piel que se enrojecía por el sol. Los paseos por la playa, los atardeceres infinitos, el viento frío en invierno, los años malos y la peste.

Yo estaba viejo y solo, y creo que por eso me dedicaba a recordar tanto, mi principal temor se había vuelto realidad. El día cada vez estaba más oscuro. Nadie se veía por la playa ni en las calles adyacentes, hacía tiempo que todo se había ido a la mierda, después de la llegada del virus las grandes potencias colapsaron una a una, y posteriormente a la gran guerra, la superficie del planeta no volvió a ser segura.

Miré otra vez las fotos de mis padres, las de mi bautizo, en todas había caras sonrientes, los invitados con ropas setenteras y pelo largo. Mi viejo con su clásico bigote grueso, pero en ese entonces negro, yo en los brazos de mi madre y ella con un vestido cuadrillé ajustado en la cintura y los labios pintados de un rojo muy intenso. De pronto un rayo atravesó


las oscuras nubes, la casa se inundó de luz, por un segundo vi el contorno de las cosas que había dentro, a mi alrededor. El gato se estremeció un poco. Pronto caería la noche, y sería mejor no estar en el exterior cuando eso ocurriera, había un refugio a unos 3 kilómetros a pie desde donde estaba. Ciertamente, la casa me podía servir para pasar la noche, pero con la oscuridad aparecían los infectados, o el despojo de ellos, de lo que alguna vez fueron.

Por un instante vino a mí el recuerdo de esos años precarios rodeados de miseria, cuando era chico y esperábamos con mi vieja a que se levantara la feria para rebuscar entre las verduras desechadas algo que nos pudiera servir para comer. A pesar de todo, añoraba la feria y todos sus colores y olores, los chistes de los feriantes, la fruta, los cachureos, los objetos descompuestos como los viejos relojes a cuerda rotos que tanto me fascinaban. El sol tibio del otoño y las calles con hojas secas que crujían al caminar sobre ellas. Todos parecían los recuerdos de la vida de un personaje ficticio, una historia inventada escrita en un libro viejo y olvidado. De repente, se escucha el sonido de una explosión, el ventanal se ilumina con un resplandor que desaparece de a poco tras un cerro. Ya empezó, pensé. Era el momento justo para partir, y aunque la lluvia ahuyentaba a los infectados, yo no quería mojarme. De pronto otra explosión muy cerca de la primera. A lo lejos las voces de gente que grita y los perros que ladran y el cielo negro y el mar muerto. Me puse el abrigo, me coloqué la bufanda sobre mi boca y nariz, las antiparras, los mitones y mi desteñido gorro de lana que alguna vez fue negro. Me acomodé el machete en el cinturón y metí el álbum de fotos

en mi mochila. Le hice cariño al gato en el lomo, éste se erizó un poco, y fue ahí cuando regresó de nuevo tu recuerdo en una de nuestras visitas a esta casa, tú desnuda sobre el sillón donde reposaba el gato ahora, y yo paralizado por la luz pálida que desprendía tu piel. Recordé el instante, pero no tu rostro ni el brillo de tus ojos, porque los años te han desvanecido de mi mente que cada día retiene menos; sin embargo, recuerdo bien ese día, el sabor de tu boca, el olor de tu sudor. Cierro los ojos para sumergirme en esa sensación, para sentir el calor de la sangre en las venas, para despedirme de ti, por fin.

La tormenta cae rabiosa, como si el recuerdo de aquella felicidad lejana fuera una afrenta al estado inalterable de las cosas.

Me acomodo la mochila en la espalda y salgo a la calle casi en penumbras. Miro por última vez el interior de la casa, me parece ver el resplandor de la mirada del gato, brilla como si fuera el último destello de ese día moribundo.



Ese día, de Manuel Huenqueo Vidal, es la duodécima publicación de CERRO EDICIONES y el segundo título de su colección Barrancas. Esta publicación en su versión digital se terminó de editar y diseñar en abril de 2023. Se usaron las tipografías Alegreya, Alegreya Sans y Montserrat.



**Colección
BARRANCAS**